

REVISTA BIBLICA

CARTAS JOANICAS



Asociación
Bíblica Española

VERANO 2011
Nº 70

VERBO DIVINO

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



VERBO DIVINO

Revista trimestral de la
Asociación Bíblica Española

Director:

Lorenzo de Santos Martín

Consejo de Redacción:

Jesús García Recio
José Luis Barriocanal Gómez
M^a del Carmen Soto Varela
Pedro Barrado Fernández

Revisión literaria:

Pedro Barrado Fernández

© Asociación Bíblica Española, 1993

<http://www.abe.org.es/publicaciones/revistas/resena-biblica>

© Editorial Verbo Divino
Printed in Spain

Diseño: Chapitel Comunicación Integral, s.l.l.

ISSN: 1134-5233

Depósito Legal: MU-251-1994

Para suscripción dirigirse a:

RESEÑA BÍBLICA
Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra) España
Tel. 948 55 65 10
Fax: 948 55 45 06
publicaciones@verbodivino.es
www.verbodivino.es

PRECIOS PARA 2011

Suscripción España (IVA incluido).... 28 €

Suscripción extranjero:

Europa 40/75 €

Otros países 50/50 US \$

Número suelto:

España (IVA incluido) 9 €

En estos precios están incluidos los gastos de envío

Reservados todos los derechos. Nada de lo contenido en la presente publicación podrá ser reproducido y/o publicado mediante impresión, fotografía, copia, microfilme, o en cualquier otra forma, sin el previo consentimiento por escrito del Consejo de Redacción y de Editorial Verbo Divino.



CARTAS JOÁNICAS

Coordinador: Dr. Antonio Llamas Vela

EDITORIAL	Pág. 2	5. El concepto de “verdad” en las cartas de san Juan.....	Pág. 45
SECCIÓN MONOGRÁFICA		Antonio LLAMAS VELA	
1. Una comunidad en camino, una comunidad de resistencia. Ambiente sociocultural de la comunidad joánica	Pág. 4	SECCIÓN ABIERTA	
Ignacio ROJAS GÁLVEZ		1. Sobre la <i>Sagrada Biblia. Versión oficial de la CEE</i>	Pág. 54
2. Crisis en las comunidades joánicas: 1-3 Jn	Pág. 15	Juan Miguel DIAZ RODELAS	
José Antonio GONZÁLEZ GARCÍA		SECCIÓN DIDÁCTICA	
3. Elementos teológicos en las cartas joánicas.....	Pág. 25	1. Las cartas joánicas en la Biblia de la Conferencia Episcopal Española	Pág. 64
José FERNÁNDEZ LAGO		Juan Carlos GARCIA DOMENE	
4. El presbítero y la Señora (2 Jn)	Pág. 35	SECCIÓN INFORMATIVA	
Julio LAMELAS MÍGUEZ		1. Boletín bibliográfico bíblico.....	Pág. 70
		2. Noticias.....	Pág. 70

EDITORIAL

Los cinco estudios que ofrecemos facilitan la lectura cristiana del texto de las cartas joánicas, esos escritos del primitivo cristianismo con tantos matices, riquezas y experiencias, a la vez que dificultades, retos y mensajes de aquellas comunidades.

Una realidad importante es el contexto vital en el que se encontraban esas comunidades cristianas. Para ello nos servirá de gran ayuda conocer el ambiente sociocultural de las comunidades joánicas. Es lo que de una manera sencilla ha expuesto ágil y magistralmente el profesor *Ignacio Rojas Gálvez*.

Ciertamente, aquellas comunidades estaban en camino, buscando vivir y expresar el misterio de Cristo que habían vivido y experimentado con sus misioneros, aquellos que por primera vez les habían comunicado la Buena Noticia, con los que habían celebrado a Cristo, el Señor, y con quienes se habían convertido en testigos del Resucitado. Las comunidades debían afrontar los envites de ambientes hostiles (algunas veces el gnosticismo) y resistirlos. Unas veces fueron interpelados por la doctrina de los hombres de Qumrán; otras veces, al producirse la primera guerra judía, los cristianos tuvieron que huir, a Éfeso, a Patmos. A pesar de todo, las comunidades joánicas vivieron y manifestaron el misterio de Cristo. Su camino era un camino de testimonio, de esperanza, porque les alumbraba la certeza del Resucitado.

El contexto es muy importante para la interpretación y para nuestra aproximación a estas cartas. El profesor *José Antonio González García* expone, desde su larga experiencia como intérprete del texto bíblico, un ensayo que es una aproximación a aspectos importantes de las comunidades joánicas. Se trata de la crisis que existía en esas comunidades debida a múltiples causas y de importante calado. Existían desviaciones de tipo cristológico, unas veces desde la ingenuidad y la simplicidad. Consistían en contemplar la figura de Jesús de manera fundamentalista, porque muchos cristianos creían en el pensamiento de los gnósticos. Otras veces no se consideraba el misterio de Cristo en su totalidad, sino de manera parcial. Este modo de entender condujo a muchos cristianos al docetismo, que negaba la dimensión humana de Jesús. Existían también desviaciones de tipo escatológico, porque creían que su salvación se había realizado y nada había que esperar ya, con lo cual se consideraban superiores a todos y despreciaban a los demás. También existían desviaciones ético-morales en las comunidades joánicas.

La lectura de las cartas de san Juan no sería una lectura adecuada y cristiana si no contemplara la teología que se encuentra en esos escritos. Desde su saber leer y discernir los diferentes aspectos teológicos que subyacen en esos escritos, el profesor *José Fernández Lago* nos aproxima a un verdadero tratado de teología en las denominadas cartas de san Juan. Estos escritos manifiestan la Trinidad divina, así como otros aspectos teológicos de gran calado. Se requiere el conocimiento de Dios y la aspiración a la verdad, el amor de los unos a los otros, como el gran catalizador de la vida cristiana. Los cristianos han nacido de Dios, vienen de Dios, pertenecen a Dios y, al estar en él, han recibido el conocimiento, esto es, la unción de su permanencia en Dios.

Existen aspectos importantes en las cartas de san Juan sin especificar ni aclarar. Uno de ellos, a nuestro parecer importante, es el del presbítero y la Señora (2 Jn). El profesor *Julio Lamelas Míguez* nos aproxima a este asunto. El presbítero es Juan, o el discípulo amado, o un discípulo suyo, o un líder, es decir, un guía que preside una de las comunidades situadas en Asia Menor. Podría ser que el autor real de este escrito hubiera querido ponerlo bajo la autoridad de Juan. Un detalle llama poderosamente la atención: a la comunidad se le llama “Señora”. Esta palabra es única en el Nuevo Testamento. No es, por tanto, una comunidad cualquiera, sino que posee una situación especial en medio de todas las demás. Hemos de interpretarla desde una perspectiva judeocristiana. Se trata de una comunidad materna que acoge en su seno a los creyentes de verdad y con amor. Así, con este título se haría referencia a la comunidad como esposa de Cristo.

El profesor *Antonio Llamas* nos aproxima al concepto de verdad bíblica para explicar cómo estas cartas se refieren a Cristo como la auténtica verdad de Dios. Tres son las realidades indicadas. Se describe la impronta que posee el término “verdad” en los llamados escritos joánicos. Se especifica el contexto en el que se desarrolla la verdad en las cartas de san Juan. Conviene precisar tanto el significado como el significant. El significado es el contenido del texto, mientras que el significante es la expresión de dicho texto, esto es, la enunciación como fruto del trabajo del narrador. Los significados del término “verdad” constituyen una verdadera teología en el cristianismo naciente. Estos significados manifiestan de manera clara una verdadera cristología que se mezcla con la eclesiología y se funden en una perfecta simbiosis. Así podemos interpretar el misterio de Cristo como la verdad del hombre y la verdad de Dios.



Antonio Llamas Vela



SECCIÓN MONOGRÁFICA

UNA COMUNIDAD
EN CAMINO,
UNA COMUNIDAD
DE RESISTENCIA.
AMBIENTE
SOCIOCULTURAL
DE LA COMUNIDAD
JOÁNICA



Ignacio Rojas Gálvez

La comunidad joánica siempre ha suscitado muchos interrogantes. Su configuración, su desarrollo, su forma de expresar la experiencia de fe, los avatares que rodean la vida cotidiana de la comunidad, son cuestiones abiertas todavía hoy. Con estas líneas nos acercaremos al ambiente vital en el que germina esta comunidad de los orígenes del cristianismo. Una comunidad a la que algunos autores acertadamente consideran como una auténtica escuela teológica itinerante, con una fuerte personalidad, fraguada entre el ambiente litúrgico y la resistencia al mundo que le rodeó.

1. Los inicios de la comunidad

Cuando hablamos de la comunidad joánica nos referimos a diversos grupos de cristianos que han dejado reflejada su experiencia de fe, como si de una transparencia se tratara, en una pequeña biblioteca integrada por cinco escritos: un evangelio, tres cartas y el libro del Apocalipsis. Precisamente, estos escritos son los únicos materiales con los que contamos a la hora de recomponer el ambiente social y cultural que vivió esta comunidad. De entrada, para acercarnos al proceso histórico de formación de esta comunidad podemos centrar nuestra atención en dos características singulares que nos ofrecen estos libros: un líder y un grupo heterogéneo.

A) UN LÍDER: TRES NOMBRES

No deja de resultar curioso el hecho de que estos cinco escritos joánicos mencionen a un personaje significativo para la vida de la comunidad. Cada escrito lo hace empleando una terminología diferente: el *discípulo amado* en el evangelio, el *presbítero* en las cartas y *Juan, el vidente*, en el Apocalipsis. No es esta la ocasión para detenernos en identificar quién es este personaje en cuestión o si se trata de uno o de varios, entre otras cosas porque las abundantes hipótesis y posibles objeciones necesitarían de por sí una monografía. No obstante, de entrada es interesante constatar que los grupos joánicos están configurados alrededor de una persona significativa y que los escritos dejan ver el rostro histórico de una comunidad liderada por alguien significativo. A este dato hemos de añadir otras dos notas comunes: el uso de un vocabulario teológico singular y un humus vital que rezuma en su propia reflexión experiencial.

Hay un personaje significativo en la comunidad joánica que recibe diversos nombres: el discípulo amado en el evangelio, el presbítero en las cartas y Juan, el vidente, en el Apocalipsis.

Si tuviéramos que situar históricamente el nacimiento de la llamada comunidad joánica, podríamos orientarnos por la hipótesis que la sitúa en Jerusalén o en sus alrededores, sin duda en Palestina, desde los años posteriores a los acontecimientos pascuales hasta los años setenta. Un grupo inicial compuesto por judeocristianos y helenistas, y un grupo de discípulos del Bautista (Jn 1,35-51) se reúnen en torno a un personaje peculiar, conocido de Jesús, que, posteriormente, será llamado en el evangelio *el discípulo amado*. A este grupo inicial se adhiere otro grupo de judíos con ciertas reservas con respecto al templo (Jn 2-3), y, quizá más tardíamente, un grupo de conversos samaritanos (Jn 4).

La relación de estos grupos con el ambiente jerosolimitano es tensa: inicialmente, porque son propensos a acoger entre sus miembros a helenistas; posteriormente, por su posición reticente ante el templo y la Ley. En aquel período, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles y los historiadores, las persecuciones se sucedían por temporadas con mayor o menor virulencia. Parece ser que los cristianos joánicos fueron testigos de las persecuciones contra los cristianos helenistas de los años 36-37 d. C., y que inicialmente convivieron con otros cristianismos más afines al judaísmo.

B) UNA COMUNIDAD HETEROGÉNEA EN AMBIENTE HOSTIL

Una mirada de conjunto a este grupo germinal y casi representativo nos regala un variopinto panorama sobre la proveniencia de sus miembros. La nota característica es la heterogeneidad. Las aportaciones de personas de diversa procedencia y tradición condujeron a la pluralidad de visiones teológicas e hicieron de esta comunidad un confluente de interpretaciones teológicas y de posicionamientos sociales arriesgados y conflictivos.

Muestra de esta pluralidad es que en los cinco escritos mencionados rastreamos las huellas de diversas cristologías. Si, por un lado, los cristianos joánicos confiesan su fe en Jesús como Mesías davídico en quien se cumplen las profecías, por otro lo reconocen como un Mesías mosaico: Jesús el preexistente es el intérprete de Dios para los hombres (Jn 1,18). Sirva este breve ejemplo de tensión interna positiva para que tomemos conciencia de que dentro de la comunidad joánica hay una fuerte tendencia a la reflexión teológica compartida y discutida, que, con el paso del tiempo, será el desencadenante de divisiones internas.

Desde el punto de vista social, la acogida en su seno de pueblos poco gratos al mundo judío, como es el caso de los samaritanos, supuso una obligada confrontación de la comunidad con su entorno religioso, si bien no sabemos con certeza si los samaritanos se unieron al grupo joánico inicialmente o si fue en el momento de la diáspora cristiana hacia Siria.

La heterogeneidad del grupo refleja también tensiones intrajudías. Algunos textos dejan entrever las fricciones entre los discípulos de Jesús y los del Bautista. Aunque están presentes en el evangelio ya desde el prólogo, donde la misión del Bautista queda definida como “dar testimonio” (Jn 1,6), también las encontramos reflejadas en el significativo hecho de que sea el mismo Juan Bautista el que indique a sus discípulos quién es Jesús y que estos decidan seguirlo (Jn 1,35-37).

Igualmente, en los escritos es palpable la tensión entre los cristianos joánicos y las autoridades que regentaban el culto en el templo. Recuértese al respecto el relato del ciego de nacimiento en Jn 9, donde la “ironía joánica” transparente con acidez la confrontación entre la comunidad y las autoridades. En esta misma línea hemos de entender que la expresión de Jesús sobre la destrucción del templo, glosada por el evangelista con la expresión “pero él se refería al templo de su cuerpo” (Jn 2,21), no era entendida precisamente así

por los contemporáneos judíos, sino que era interpretada como un ataque a la institución. Del mismo tono son las afirmaciones sobre el culto verdadero en Espíritu y verdad que aparecen en Jn 4.

En resumen, si bien la heterogeneidad, desde el punto de vista del desarrollo teológico, revela la riqueza de los grupos joánicos y el ejercicio de reflexión comunitaria alrededor de un líder, en cambio, desde el punto de vista del ambiente social, en ciertas ocasiones trasluce cierta conflictividad.

2. Corrientes de pensamiento de posible influencia

Antes de proseguir narrando los avatares de estos grupos es necesario que hagamos una parada para preguntarnos por el ambiente sociocultural que está en la base de estos escritos. Tratando de responder a esta pregunta, al rastrear los escritos joánicos, los estudiosos proponen tres posibles corrientes de pensamiento religioso-filosófico de la época como sustrato cultural de la comunidad.

A) VINCULACIÓN DE LA COMUNIDAD JOÁNICA CON EL GNOSTICISMO

Algunos estudiosos, entre ellos el conocido exégeta Rudolf Bultmann, ven en los textos joánicos un cierto lenguaje propio del *gnosticismo* naciente en la época. El término “gnosticismo” proviene de la palabra griega *gnōsis* (“conocimiento”) y se refiere a una corriente de pensamiento filosófico-religioso que implica un conocimiento salvador que revela a los iniciados el secreto de su origen y los medios para alcanzarlo. No obstante, cuando hablamos de gnosticismo no nos referimos a una escuela o corriente de pensamiento filosófico-religioso precisa, sino a un amplio espectro de manifestaciones de pensamiento con un nexo común. Es decir, no hay un

gnosticismo oficial. Es un movimiento de origen desconocido, con muchas ramificaciones, si bien con unos elementos comunes. Entre ellos podemos destacar tres que son útiles para el objeto de nuestra reflexión:

– *El dualismo que conduce al desprecio del cosmos.* Se trata de un dualismo teológico que se fundamenta en la oposición Dios/mundo, presentando la imagen de un Dios separado, distante. Este dualismo se expresa en la oposición del Dios creador (demiurgo) y el Dios salvador, lo cual conduce a la idea de que la historia de este mundo carece de interés, pues lo importante es que el alma participe de la redención total en el ascenso al mundo divino. La forma de expresión de este dualismo es la contraposición de elementos opuestos del tipo luz/tinieblas.

– *La idea del hombre atrapado y necesitado de redención.* El hombre está atrapado en este mundo y debe redimirse. Este no es su mundo de origen. La redención solo se al-

canza por medio del conocimiento inefable y, a su vez, este solo es accesible a través de una revelación secreta a la que se accede a través de un rito de iniciación.

– *El mito del redentor.* Según la doctrina de ciertos movimientos gnósticos, para introducir al hombre en el verdadero conocimiento ha sido necesaria la intervención de un redentor que, procediendo del mundo “de arriba”, ha encendido en el hombre la chispa del conocimiento y lo ha liberado de este mundo y lo ha conducido a lo alto.

Ciertamente, el salvador joánico procede de lo alto, del Padre y pretende conducir a los hombres a su morada, tal y como narra el mito gnóstico del redentor. Del mismo modo, encontramos en las expresiones de la comunidad el lenguaje dualista y opositor, pero, como veremos más adelante, este dualismo no es exclusivo del gnosticismo.

No obstante, es preciso subrayar que la gnosis pone todo el centro de interés en el conocimiento como vehículo de la redención perfecta; por tanto, la fe es innecesaria y es presentada como inferior al conocimiento. Aunque es cierto que en Juan se usa abundantemente el verbo “conocer”, no menos abundante es el uso que se hace del verbo “creer” o de expresiones afines.

En síntesis, podemos afirmar que, aunque hay elementos afines, no tenemos elementos de juicio que sostengan una influencia de los movimientos gnósticos sobre los cristianos joánicos. No obstante, si de influencia se tratara, sería más bien al contrario, es decir, que el gnosticismo en alguna de sus ramificaciones habría desviado el pensamiento de los grupos joánicos para leerlo en clave gnóstica.

B) LOS ESCRITOS DE QUMRÁN COMO FUENTE DE LOS GRUPOS JOÁNICOS

Expresiones características de las comunidades joánicas como “el mundo de la luz y el mundo de las tinieblas”



Códice de Nag Hammadi.

(Jn 3,19-21), “andar en la verdad” (2 Jn 4) o “discernir espíritus” (1 Jn 4, 1) las encontramos también en los escritos del mar Muerto. Este dato ha hecho pensar que algunos de los miembros de los grupos joánicos provenían de la comunidad de Qumrán, y puede ser, pero también hemos de tener en cuenta que estas expresiones eran conocidas en los ambientes religiosos de la época.

C) ARRAIGO DE LOS GRUPOS JOÁNICOS EN EL JUDAÍSMO HELENISTA

Quizá la hipótesis más acertada descubre en los escritos de la comunidad elementos propios del mundo judío: descripción de lugares, expresiones que son traducidas del arameo al griego, el conocimiento de la Ley y los Profetas, las citas de los libros sapienciales, incluso el uso de interpretaciones de tipo midrásico (cf. Jn 6). Junto a ello también encontramos expresiones propias del mundo helenista: términos como *logos* o el uso de ideas abstractas como “verdad”. La conjunción de estos dos mundos, judío y griego, abre el horizonte de esta comunidad, que conoce bien el ambiente y las tradiciones de los orígenes y que expresa con categorías nuevas su propia experiencia del Señor Jesús.

Siendo esta hipótesis la más probable, conviene recordar que el contenido de nuestros escritos no es el fruto de una redacción continua y explícita en un espacio de tiempo determinado ni tiene su origen en una sola fuente. Los escritos son el resultado de la reflexión teológica de la comunidad, que releo su propia historia y que recoge tradiciones acerca del Señor Jesús, asumiendo las connotaciones propias de los diferentes grupos que progresivamente la

van configurando. Para los cristianos joánicos, la asimilación de los contenidos y su plasmación escrita tiene su base en releer las tradiciones y en añadir nuevos desarrollos.

3. Obligados a la diáspora, fuera de la sinagoga

Como ya enunciamos, la sucesión de las persecuciones en Jerusalén condujo a los grupos cristianos a la diáspora de manera escalonada. La diáspora cristiana se inició pronto. Desde los años 36-37 hasta el 66 d. C., en que estalló la primera guerra judía, fueron tres las persecuciones. Ante la incertidumbre, los cristianos tuvieron que vérselas con su futuro y huyeron a ciudades como Antioquía o Alejandría.

A) SITUACIÓN DIFÍCIL EN PALESTINA

Si para los cristianos en general fueron momentos críticos, todavía más, si cabe, lo fue para los grupos joánicos, que, como hemos apuntado, se mostraban reticentes al culto del templo. Acontecimientos de diversa índole debieron de despertar las alarmas de estos grupos. Entre ellos, dos son especialmente significativos: el primero sucedió en el año 41 d. C., cuando Calígula pretendió erigir una estatua suya en el templo de Jerusalén. La orden provocó un intento de revuelta entre la población judía. Filón de Alejandría describe en los siguientes términos la reacción unánime del pueblo judío ante Publio Petronio, procurador de Siria:

Primeramente se elevó un clamor acompañado de lamentaciones y golpes de pecho tan grande que superaba lo que

La gnosis pone todo el centro de interés en el conocimiento como vehículo de la redención perfecta; por tanto, la fe es innecesaria y es presentada como inferior al conocimiento.

los oídos de los presentes podían contener. Y cuando ellos cesaron, aquel no cesaba aún, sino que, silenciadas sus voces, persistía todavía el eco de las mismas. Luego se fueron aproximando para elevar las súplicas que la ocasión sugería; que las calamidades declaran por sí mismas lo que conviene hacer (*Embajada a Cayo XXX, 227*).

El hecho no llegó a consumarse.

El segundo acontecimiento tuvo lugar con ocasión del robo de diecisiete talentos del tesoro del templo por el procurador Gesio Floro. El hurto fue el desencadenante de la primera guerra judía, guerra que alcanzó su punto máximo en el año 70 d. C., con el asedio de la ciudad y la profanación del templo por parte de Tito, y que concluyó en el 73 d. C., con la caída de la fortaleza de Masada.

Esta sucesión de acontecimientos relacionados con el templo puso en cuestión el sentir de los cristianos joánicos ante los judíos, que mirarían con recelo su postura distante.

¿Qué fue de los cristianos en estos tensos momentos? Los que habían quedado, según narra Eusebio de Cesarea, huyeron del ambiente bélico y encontraron refugio en la ciudad de Pella, en Transjordania:

Además de estos, también el pueblo de la Iglesia de Jerusalén recibió el mandato de cambiar de ciudad antes de la guerra y de vivir en otra ciudad de Perea (la que llaman Pella), por un oráculo transmitido por revelación a los notables de aquel lugar. Así pues, habiendo emigrado a ella desde Jerusalén los que creían en Cristo, como si los hombres santos hubiesen dejado enteramente la metrópolis real de los judíos y toda Judea, la justicia de Dios vino sobre los judíos por el ultraje al que sometieron a Cristo y a sus apóstoles, e hizo desaparecer totalmente de entre los hombres aquella generación impía (*Historia eclesiástica III, 5,3*).

B) COMUNIDAD EN CAMINO

Los fuertes vínculos cimentados en torno al líder favorecieron la dinámica itinerante de la comunidad en busca de un espacio donde asentarse, alejarse del ambiente hostil y mantener sus propias tradiciones y ritos. No sabemos exactamente en qué momento los grupos joánicos comenzaron su diáspora, pero parece claro que este viaje hasta su destino final configura a la comunidad joánica como una comunidad peculiar, una comunidad en camino. Este camino puede ser una metáfora del desarrollo teológico que nos han dejado como legado y del que son espejo las diversas redacciones del texto, que conjugan tradición e interpretación.

Las comunicaciones del Imperio permitieron los desplazamientos y, posiblemente, las habilidades artesanales de los miembros de estas comunidades facilitaron su subsistencia. Con cierta probabilidad, haciendo un alto en Samaria, el primer destino fue Siria. Allí, la comunidad de Antioquía era conocida por su acogida y aceptación de los

helenistas, y, si no necesariamente allí, en los alrededores pudieron encontrar un lugar donde establecerse. Algunos estudiosos han aducido como argumento de peso la acogida de los helenistas en la zona, y por ello consideran que este sería el destino final de la comunidad. En aquella época, Antioquía era una ciudad floreciente, con una gran comunidad judía, uno de los grandes focos del cristianismo de los orígenes.

Otros autores, en cambio, barajan la posibilidad del asentamiento de la comunidad en Galilea. Encontramos en el cuarto evangelio detalles que hablan de un conocimiento profundo de la zona, de lugares, de costumbres... Sirva como ejemplo el relato de las bodas de Caná (Jn 2,1-11), exclusivo de la tradición joánica.

La sucesión de acontecimientos relacionados con el templo puso en cuestión el sentir de los cristianos joánicos ante los judíos, que mirarían con recelo su postura distante.

c) RUPTURA CON LA SINAGOGA

En cualquiera de estos lugares hemos de imaginar a estos grupos insertos en la sociedad e, inicialmente, asiduos fieles al culto sinagoga. Los textos también hablan de individuos que por miedo no confesaban su fe en el Señor Jesús. Un dato ciertamente curioso lo encontramos en el relato del ciego de nacimiento, donde la actitud de sus padres parece presentarnos la actitud de ciertos creyentes que se achantaban ante las autoridades judías.

No es este un dato baladí. Precisamente el cuarto evangelio recoge ecos de lo que supuso para los grupos joánicos la expulsión de los cristianos de la sinagoga. Los acontecimientos que se produjeron durante la primera guerra judía (destrucción del templo e invasión de la Ciudad Santa) provocaron una convulsión en el judaísmo. La pluralidad de movimientos existente en épocas anteriores quedó prácticamente reducida a los fariseos, enérgicos defensores del cumplimiento de la Ley. Los textos joánicos reflejan el distanciamiento de nuestro grupo de cristianos de la sinagoga. Expresiones como “los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga” (Jn 9,22) u “os expulsarán de las sinagogas” (Jn 16,2), nos hablan de una experiencia concreta de la comunidad y, por ende, de una nueva herida para estos grupos joánicos.

¿Cuándo se produce esta expulsión de los cristianos de la sinagoga? Según el parecer de la mayoría de los estudiosos, las expresiones que acabamos de reproducir pertenecen a la experiencia vital de la comunidad tras la conocida asamblea de Yamnia, que tuvo lugar alrededor del año 90 d. C. En dicha asamblea se decidió prohibir la presencia de los cristianos en la sinagoga y fue entonces cuando se produjo la ruptura progresiva y oficial entre las comunidades cristianas y el judaísmo. Sin embargo, otros autores interpretan estos textos como la búsqueda y el deseo, por parte de las comunidades joánicas, de una identidad propia con relación al judaísmo.

4. ¿Establecimiento en Éfeso?

La tradición sitúa el destino final del viaje comunitario en Éfeso. Así lo narra Ireneo de Lyon (180 d. C.), recogiendo el testimonio de Policarpo de Esmirna, discípulo del apóstol Juan:

Juan, el discípulo del Señor, el que descansó sobre su pecho, también publicó el evangelio cuando vivía en Éfeso de Asia (*Adv. haer.* 3, 1).



Arco de Tito:
los soldados se llevan los tesoros del templo.

La tradición completa el relato narrando que dicho apóstol pasó los últimos años de su vida en esta ciudad. Ciertamente, la aceptación de este dato como verdadero ayudaría a entender por qué en los escritos joánicos aparece la mención de siete comunidades localizadas en Asia Menor. Estas comunidades, integradas por cristianos joánicos, son exhortadas a permanecer fieles, a perseverar, a combatir la idolatría y las falsas doctrinas, a no caer en el sincretismo y a no paganizarse. Si bien puede ponerse en duda el valor del testimonio de Ireneo, por considerarse demasiado tardío, es indudable que la tradición joánica llegó a Asia Menor.



Teatro de Éfeso.

A) TRADICIÓN EFESINA

En aquella época, Éfeso era un importante centro comercial, una de las ciudades más importantes de la provincia romana de Asia. No podemos olvidar que esta ciudad tiene especial relevancia en la predicación paulina, pues en ella Pablo conoció a varias familias, enseñó en la escuela de Tirano y estuvo encarcelado.

La sociedad efesina respondía a la fisonomía propia del mundo grecorromano. La itinerancia de filósofos populares y de los propagadores de diferentes doctrinas religiosas encontró en esta ciudad el mismo eco y acogida que en otras ciudades de renombre del Imperio. Resulta interesante comprobar cómo la tradición joánica reconoce a Éfeso como una de las ciudades emblemáticas, la primera de un grupo de siete, a la que concretamente se le pide volver al amor primero. Éfeso es una comunidad a la que se le reconocen sus fatigas, su paciencia y el estar sometida a la prueba (Ap 2,1ss).

B) AUMENTAN LAS HERIDAS

Aunque no tenemos datos para localizar espacialmente el desarrollo de los hechos, en este momento es oportuno mencionar algunos hechos que encontramos en las cartas joánicas y que nos hablan de nuevas heridas que golpean a estos grupos.

Durante este período, las comunidades se encuentran acosadas por tres problemáticas de carácter interno y externo. En primer lugar, son comunidades que viven en un ambiente de persecución imperial, de la que nos ocuparemos en breve. En segundo lugar, ven como una amenaza el mundo pagano que les rodea. Prueba de ello son las menciones explícitas de 3 Jn 7, donde parece alabarse “el no recibir nada de los paganos”. Resulta interesante al respecto señalar que algunos autores sostienen que el uso en sentido negativo del término “mundo” en los escritos de los grupos joánicos indica

los sentimientos de rechazo de la comunidad con cuanto le rodea. Aunque esta teoría es discutible.

En tercer lugar, y esta quizá es la herida más sangrante de la comunidad, encontramos la profunda crisis interna surgida en el último período. La crisis de la comunidad joánica y los consiguientes abandonos han sido estudiados abundantemente. Las cartas revelan que algunos miembros de la comunidad proponen doctrinas que niegan la encarnación del Señor Jesús. Esta desviación y la consiguiente devaluación del amor fraterno provocan una tremenda conflictividad, hasta el punto de que la comunidad se fracciona. Un claro testimonio son las palabras de Juan el presbítero, que manifiestan el dolor de los abandonos y cómo la falsa doctrina es promovida por antiguos miembros de la comunidad: “Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros” (1 Jn 2,19).

Al dolor de la falsa predicación y de la deserción de los hermanos hemos de unirle un problema institucional. 3 Jn deja entrever un problema de autoridad entre el presbítero y un tal Diotrefes, que no acoge de buena gana cuanto se le indica. No podemos afirmar que sea un problema extensible a todos los grupos joánicos, pero sin duda parece un tema de hondo calado y con repercusiones para algunas comunidades.

5. ¿Y Patmos?

Siguiendo los escritos joánicos, una última etapa nos conduce a la isla de Patmos. Si bien no podemos sostener que sea la definitiva. El vidente

La negación de la encarnación de Cristo y la consiguiente devaluación del amor fraterno provocaron una tremenda conflictividad, hasta el punto de que la comunidad se fraccionó.

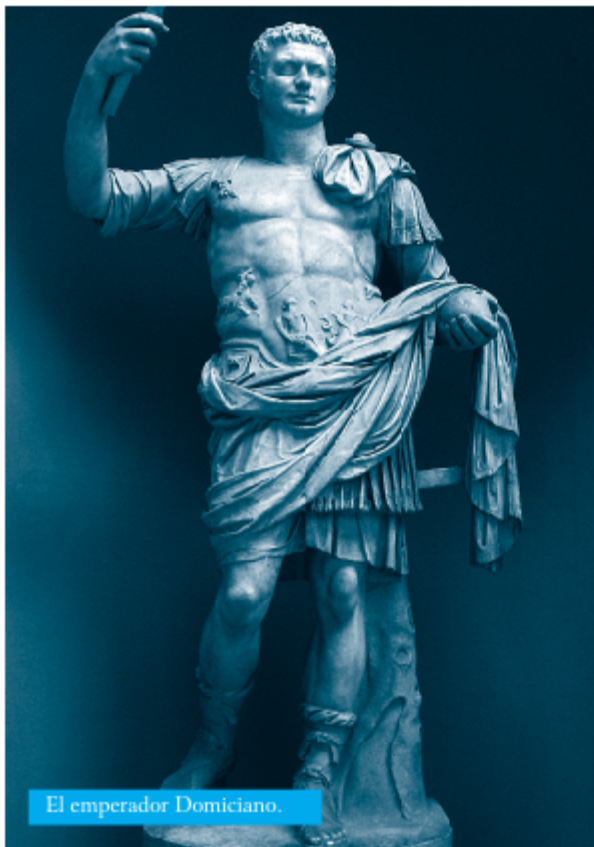
del Apocalipsis narra que se encontraba en la isla “a causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús” (Ap 1,9). Sobre el motivo de la estancia del vidente hay diferentes hipótesis: a) el vidente se encuentra exiliado por la persecución; b) está predicando el Evangelio; c) el vidente busca un lugar apto para la revelación. La primera hipótesis es más probable, pues la reducida población no sugiere la idea de una misión apostólica.

En el siglo I, Patmos era una isla habitada y dotada de un gimnasio, un centro de culto a Apolo y un templo dedicado a Artemisa. Es probable que el vidente se encontrara allí confinado cumpliendo una pena legal, tal vez acusado de haber alterado el orden público por proselitismo o por la oposición a instituciones y hábitos ciudadanos. Por tanto, parece ser que estaría cumpliendo una pena. La objeción que se nos puede presentar es que Patmos no figura entre las islas egeas de cumplimiento oficial de penas. No obstante, no es arriesgado pensar que el vidente de Patmos cumpliera una pena dictada por una autoridad local o provincial y, por consiguiente, fuera conducido a la isla de Patmos, que por vía marítima dista unos 90 kilómetros de la ciudad de Éfeso.

Mucho más interesante es el contenido del libro, que nos sitúa ante unas comunidades que, en ambiente litúrgico, disciernen su hora entre la resistencia y la esperanza. Algunos sitúan la datación del libro entre los años 86-95 d. C., período en el que Domiciano persiguió sangrientamente a los cristianos. Los grupos joánicos se debaten entre la persecución, la falsa predicación, la división interna y el deseo del cumplimiento definitivo del proyecto de Dios sobre la historia de los hombres.

Conclusión: ¿sucumbió la comunidad joánica a la influencia de su ambiente?

Todo este cúmulo de sinsabores nos deja una pregunta de difícil respuesta: ¿qué pasó con estos grupos joánicos? No lo sabemos con certeza. Lo más probable es que, a causa de las divisiones internas, aquellos que continuaron en la comunidad y permane-



El emperador Domiciano.

cieron fieles en la confesión de la filiación divina de Jesús se unieran a otras comunidades cristianas. A estas comunidades les transmitieron todo el legado que habían recibido, una herencia tejida de tradición e interpretación.

Seguramente, a cristianos de otras tradiciones les explicaron cómo su historia estaba tejida de camino y de resistencia. Les hablaron de cómo las palabras de un testigo ya muerto del Señor (Jn 21,23) les habían alentado en las dificultades. De cómo su enseñanza les ayudó a reconocer al Resucitado en las llagas del Crucificado y en el acontecer de la historia. Y, finalmente, de cómo a pesar del camino y la resistencia seguían confesando: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28). ■

Pistas de trabajo

- 1** Autor-Lider:
Busca en los siguientes textos los nombres con los que se designa al personaje en cada uno de estos escritos: Jn 13,23-25; 19,25-27; 20,1-10; 21,7.20-25; 2 Jn 1; 3 Jn 1; Ap 1,4.9; 22,8.
¿Qué características encuentras en ellos?
- 2** Para percibir el contexto de estas comunidades se pueden leer los textos del evangelio de Juan 7,11-13; 9,18-23; 12,42-43; 16,1-3.
- 3** En relación con el gnosticismo:
a) cuando se lean los tres elementos comunes (ver página 8), concreta con qué recuerdos específicos de la fe cristiana los vinculas;
b) señala las diferencias entre el gnosticismo y el cristianismo en los siguientes textos:
1 Jn 3,7.17.23; 5,6; 1 Jn 4,1-3.9.20; 1 Jn 5,6.
- 4** Para Qumrán se puede consultar el número 19 de *Reseña Bíblica*, 1998. Para profundizar en la ruptura con la sinagoga se puede consultar el número 15 de *Reseña Bíblica*, 1997.

CRISIS EN LAS COMUNIDADES JOÁNICAS: 1-3 JN



José Antonio González García

Las tres cartas de Juan son el importante testimonio del esfuerzo de unas comunidades por mantener la autenticidad del Evangelio y la fidelidad a la tradición recibida. Su lucha, en medio de tensiones e incluso convulsiones, es la referencia para nuestras comunidades, en circunstancias, si no iguales, muchas veces similares. A veces de manera demasiado ingenua pensamos que estas primeras comunidades cristianas eran un remanso de armonía, sin conflictos, sin crisis y sin fracturas. Pero esto no responde a la realidad. De todas formas, una visión idílica así nos resulta cómoda: colocamos a las primeras comunidades cristianas en un pedestal tan alto que ya nos sentimos dispensados de seguir su estela.

1. Crisis en las comunidades joánicas

Efectivamente, las comunidades joánicas están en crisis. El título no es exagerado. Así lo ponen de manifiesto las cartas de Juan.

– Hay comunidades que han roto la unidad, encasquillándose en su propia independencia, sin querer saber nada de las demás. Algún ambicioso responsable se niega a aceptar las recomendaciones del “presbítero” y a acoger a sus enviados, expulsando de la iglesia a los que se le oponen. Esta situación es la reflejada en 3 Jn.

– El “presbítero” denuncia la presencia de unos predicadores ambulantes –“seductores”, los llama– que recorren las comunidades joánicas sembrando mensajes contrarios a las enseñanzas de Cristo y a la tradi-

ción recibida. El autor de 2 Jn previene contra ellos, porque ve en peligro el futuro de aquella comunidad.

– Hay miembros destacados de algunas comunidades que presumen de espirituales, pero presentan clamorosas incoherencias entre lo que afirman y lo que hacen. El autor de 1 Jn lo denuncia sin ambages, calificándolos de “mentirosos”.

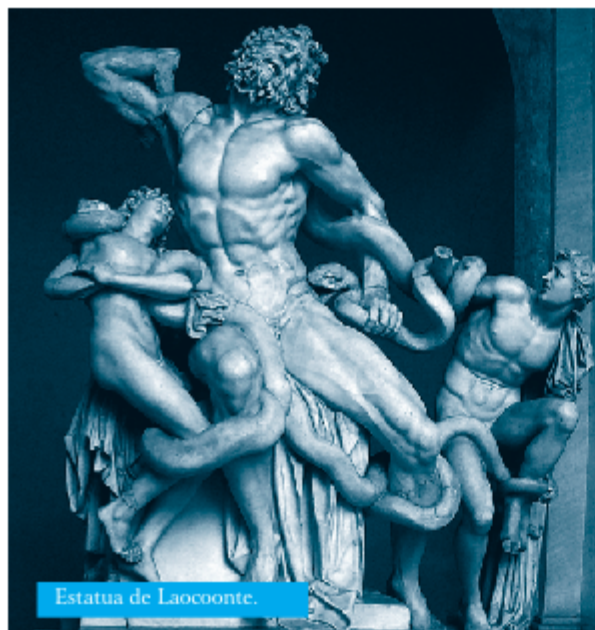
– Por último, en el mismo seno de otras comunidades se producen disidencias tan profundas e irreconciliables que llegan en algunos casos a la escisión (1 Jn 2,19).

Las tres cartas de Juan intentan reconducir esta situación, cada una a su manera: 2 Jn y 3 Jn, cartas menores por su brevedad, corrigen situaciones concretas, de orden cristológico (2 Jn) o de orden institucional (3 Jn). 1 Jn es diferente: es un escrito más amplio, de más profundo contenido teológico y que abarca un conjunto más amplio de problemas, tratando de poner los puntos sobre las íes, desenmascarando falsedades y exigiendo coherencia.

2. Origen e identificación de esta crisis

Esta situación de crisis que invade las comunidades joánicas no tiene una única causa, sino una confluencia de varias.

a) En primer lugar, *el ambiente del entorno* juega un papel influyente. No era fácil anunciar y vivir el mensaje cristiano en ambientes griegos. La concepción religiosa del entorno griego no favorecía, e incluso impedía, una correcta comprensión del mensaje cristiano. La idea cristiana de revelación resultaba extraña, ya que los dioses griegos no hablaban, sino solo eran poderes sobrehumanos que influían en el destino de los hombres para bien o para mal. El griego piadoso los temía y procuraba aplacarlos. No los escuchaba, porque no enseñaban nada ni exigían comportamientos morales correctos;



Estatua de Laocoonte.

es más, ellos no eran precisamente ejemplos para seguir. Las doctrinas sobre valores y comportamientos morales las dictaban las escuelas filosóficas.

En una situación así, las comunidades cristianas encontraban graves dificultades: era fácil confundir el mensaje cristiano con una nueva corriente filosófica; no resultaba fácil hacer asumir compromisos de actuación moral coherentes con la postura de fe: creían que se podía combinar el ser profundamente espiritual al tiempo que moralmente detestable.

b) En este ambiente tuvo éxito *la corriente denominada "gnosticismo"*, porque su sincretismo permitía la mezcla de muy diferentes elementos, capaces de dar satisfacción tanto a las ansias filosóficas del hombre griego como a la mística religiosa del hombre creyente, y concretamente, en nuestro caso, de miembros de las comunidades joánicas.

No vamos a repetir aquí lo dicho por el profesor Ignacio Rojas en páginas anteriores sobre estas corrientes gnósticas. A nosotros solo nos interesan las *implicaciones que estas corrientes tuvieron para la crisis* de las comunidades joánicas.

En el momento de las cartas joánicas (décadas de los años ochenta al 100) es preferible hablar de "corrientes" de ideas gnósticas más que de "sistemas" de pensamiento gnóstico, porque tendremos que esperar hasta bien mediado el siglo II para encontrar grupos y textos gnósticos. Pero estos sistemas y textos no nacen de repente, sino que se nutren de un caldo de cultivo previo; seguramente existió un gnosticismo incipiente, que es el que se deja sentir a finales del siglo I en las comunidades joánicas.

Estas corrientes debieron de rodear a las comunidades joánicas, llegando a deslumbrar a algunos de sus miem-

bros en determinados puntos, que ahora solo presentamos y que luego iremos desarrollando. Destacamos:

– Las doctrinas gnósticas pretendían transmitir *un conocimiento superior a sus iniciados* que los capacitara para emprender un proceso de liberación (salvación) personal. En las comunidades joánicas aparecen individuos que dicen poseer este conocimiento y que presumen de gozar de una espiritualidad perfecta: "Ya están en la luz" (1 Jn 2,9).

– *Este conocimiento salvador de tipo gnóstico* era aportado desde el cielo por seres celestiales. El Hijo de Dios, en cuanto ser celestial salido de Dios, había comunicado este conocimiento místico-espiritual a través de su Espíritu; Jesús en su dimensión terrena no importaba, e incluso era un obstáculo para la divinidad del Hijo de Dios ba-

jado del cielo.

Si, como sostenían las doctrinas gnósticas, *la salvación del hombre viene a través del conocimiento*, es normal que algunos cristianos de las comunidades joánicas se creyeran ya salvados y no esperaran nada, porque todo se había realizado *ya*.

c) Pero no hay que cargar toda la responsabilidad de la crisis solamente en el ambiente y en las corrientes de tipo gnóstico. El estudio comparativo de 1 Jn con el cuarto evangelio nos lleva a sospechar que muchas de las desviaciones señaladas se alimentaban de muchas afirmaciones del mismo evangelio.

El evangelio de Juan era el centro del mensaje al que constantemente acudían estas comunidades para alimentar su fe. Tanto el autor de 1 Jn como los disidentes leen este evangelio conscientes de que es la base de su vida cristiana, pero *lo interpretan de diferente manera*: el autor de 1 Jn lee el evangelio siguiendo la tradición

La concepción religiosa del entorno griego no favorecía, e incluso impedía, una correcta comprensión del mensaje cristiano. La idea cristiana de revelación resultaba extraña, ya que los dioses griegos no hablaban.

apostólica recibida, y los maestros disidentes lo hacen bajo la influencia de las ideas gnósticas.

El uso casi exclusivo de este evangelio por grupos gnósticos durante el siglo II confirma la existencia de muchas interpretaciones gnósticas del evangelio de Juan ampliamente difundidas y con una notable influencia.

3. Las cartas de Juan denuncian, reprochan y corrigen

A) MALA COMPRESIÓN DEL MISTERIO DE JESÚS, EL HIJO DE DIOS. DESVIACIONES CRISTOLÓGICAS

“Han irrumpido en el mundo muchos seductores, los cuales no reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre. Entre ellos se encuentran el seductor y el anticristo” (2 Jn 7; cf. 1 Jn 4,1-3).

1 Jn y 2 Jn desenmascaran a una serie de predicadores que trastocan *la confesión de fe sobre Jesús, el Señor*. Dicen que son “muchos”, que abarcan diferentes zonas geográficas (“el mundo”) y que “seducen”, esto es, hacen errar a las comunidades que les siguen.

Eran unos cristianos seguramente ingenuos, encandilados por un lado por la grandeza del misterio de Hijo de Dios, pero atrapados en las redes gnósticas por el otro. La profundidad del pensamiento del evangelio joánico y las categorías griegas del entorno les permitían desarrollar una *crisología de alta trascendencia*: Jesús era contemplado desde arriba (“salir de”, “venir de arriba”, “logos”), con lo que fácilmente era confundido con uno de los muchos seres (“eones”) bajados del cielo para contactar con los hombres, como afirmaban las concepciones gnósticas. Así, Jesús corría el peligro de ser con-

*El autor de 1 Jn
leía el cuarto evangelio
siguiendo la tradición
apostólica recibida,
y los maestros disidentes
lo hacían bajo
la influencia
de las ideas gnósticas.*

fundido con un ser más entre tantos otros, incluso se le aplicaban los mismos apelativos: “el logos” (palabra), “la luz”, “la verdad”... Era un buen intento, pero con funestas consecuencias, porque resultaba absolutamente parcial por un lado y decididamente peligroso por otro.

1) *Absolutamente parcial*, porque no contemplaba el misterio de Jesús, el Hijo de Dios, en su totalidad, ya que su dimensión histórica, su vida terrena, quedaba oscurecida por el “Logos de Dios”, por el ser divino bajado del cielo. Aquellos “seductores” resaltaban la divinidad de Jesús por encima de su humanidad, dejando relegados, incluso silenciados, acontecimientos decisivos del Jesús terreno: su encarnación, su vida, sus palabras, sus opciones y, sobre todo, su muerte en la cruz. Importaba tanto la dimensión divina del Hijo de Dios bajado del cielo que la dimensión humana de Jesús era un obstáculo, por lo que acababa siendo ignorada, negada o concebida como aparente. Es lo que se ha dado en llamar “docetismo”.

2) Y *decididamente peligroso* por varias razones:

– Porque chocaba de frente con la tradición recibida. Esta tradición procedía de los testigos que habían vivido con Jesús y habían percibido, antes que nada, su dimensión humana. A las comunidades habían llegado multitud de relatos de la vida terrena de Jesús: se mencionaban lugares y encuentros, se relataban sucesos, se guardaban sus palabras, se transmitían sus actitudes y, por

encima de todo, destacaba la cuidada narración de su proceso y de su muerte en la cruz. Esta tradición constituía la base de la fe y de la vida de las diferentes comunidades. No podía consentirse desde ningún punto de vista que una tradición tan básica fuese descuidada, relegada o silenciada.

– Porque el ser de Jesús, al quedar situado como uno más en medio de una cadena de seres celestes que también venían del cielo, dejaba de ser la referencia única y fundamental del cristiano, la identidad que había que seguir y la adhesión para vivir. Se había desvirtuado el fundamento de la fe y se había diluido la grandeza única de su misterio.

– Porque la ausencia de la dimensión humana de Jesús, de su encarnación y de su realidad histórica, impedía valorar tres realidades imprescindibles de la fe, a saber: su muerte como sacrificio salvador, la eucaristía como entrega real de su cuerpo y sangre, y los valores de Jesús como norma de actuación en la vida cristiana.

Se entiende que el autor de las cartas reaccione con dureza contra estas posturas, calificando a sus defensores de “anticristos” (contrarios a Cristo) y de “falsos profetas” (contrarios a la tradición base de la fe) (1 Jn 4,1); figuras que, al decir de la tradición, aparecerían en los momentos críticos de la consumación final (Mc 13,22 y paralelos).

El autor de 1 Jn admite y profesa la cristología trascendente del cuarto evangelio, pero la libera de las interpretaciones gnóstico-docetas, recuperando la importancia de la confesión de “Jesús hecho *carne*”, juntamente con “Jesús Hijo de Dios”. Aunque la fórmula pueda parecer la misma, los acentos se sitúan en puntos bien diferentes:

– los seductores exigían confesar que “Jesús es *el Hijo de Dios*”, y el autor de 1 Jn exige confesar que “*el Hijo de Dios es Jesús*” (1 Jn 2,22.23; 4,15; 5,1.5; 2 Jn 7);

– los falsos maestros ponían el acento en el *Hijo de Dios*, olvidando a Jesús; el autor de 1 Jn pone el acento en *Jesús*, sin olvidar la dimensión de Hijo de Dios.

La confesión de “Jesús venido en carne” es tan decisiva que, para el autor de 1 Jn, es el criterio de discerni-

miento del auténtico Espíritu frente a la presunción de los “falsos profetas” (1 Jn 4,2-3), en referencia explícita a los maestros gnósticos.

B) “YA ESTAMOS EN LA LUZ”: MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL. DESVIACIONES ESCATOLÓGICAS

1) *Identificación de las desviaciones escatológicas.* En este terreno, las desviaciones de los maestros disidentes no





La resurrección de Cristo. El Greco.

aparecen de manera explícita, pero se dejan adivinar con claridad. Los “seductores” se creían ya salvados por su fe y por el conocimiento (gnosis) que decían poseer. No necesitaban nada más: la muerte sacrificial de Jesús no les significaba nada, y la resurrección la entendían solo en el orden espiritual, como una “regeneración”, como un “nuevo nacimiento” equivalente a la conversión que ya habían realizado en el bautismo. *Ya no había nada que esperar en el futuro, porque todo se había realizado.*

Estas doctrinas buscaban apoyos en sentencias del evangelio de Jn, como “el que cree en mí tiene vida eterna... ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24; 6,47.51). Es cierto que el horizonte escatológico del cuarto evangelio, y por tanto de las comunidades joánicas, se situaba *en el presente*: la plenitud ya se ha realizado en la muerte y resurrección de Jesús. Así quedaba solucionado el inquietante problema del retraso de la parusía, que tanto desconcierto creaba en otras comunidades.

Pero los disidentes denunciados en 1 Jn hacían una interpretación sesgada de la escatología joánica, forzando los textos y deduciendo conclusiones desatinadas. Veamos cómo son los cristianos gnósticos a los que ataca 1 Jn:

- Ya se consideran en la perfección: *ya están en la luz* (1 Jn 2,9).
- Por lo que *ya han sido juzgados de forma favorable*, según dice Jn 3,21.
- Ya están *en comunión con Dios* (1 Jn 1,6).
- Ya se creen *hijos perfectos de Dios*.

En definitiva, se sienten más allá del bien y del mal; su salvación ya se ha realizado, ya poseen la plenitud, no tienen ya nada que esperar; han llegado a la perfección absoluta, no tienen que vivir la tensión de la provisionalidad; se han instalado en una complaciente prepotencia, desde la cual se desprecia a los demás

hermanos. Nada de esto podía fundamentarse en el evangelio de Juan, aunque ellos así lo intentaran.

2) *Las correcciones de 1 Jn*. El autor de 1 Jn reacciona con vigor en tres direcciones: a) denunciando la falsedad de estas posiciones por incoherentes, b) subrayando el valor salvífico de la muerte de Jesús, y c) recuperando la dimensión de futuro de la esperanza cristiana.

– *La denuncia de las falacias por incoherencia*. Una frase insistentemente repetida desenmascara estas posiciones: “Si decimos que... mentimos”. Es una *mentira* creerse en comunión con Dios si se camina en las tinieblas (1 Jn 1,5); es un *engaño* no reconocer los propios pecados (1 Jn 1,8), porque quien peca no ha conocido a Dios (1 Jn 3,6); es un mentiroso el que dice que conoce a Dios pero no guarda sus mandamientos (1 Jn 2,3), etc.

– Frente al sentirse salvados por el “conocimiento” (gnosis), el autor subraya *el valor salvífico de la muerte de Jesús*. La mención de la “sangre de Jesús” como medio de “purificación de todo pecado” (1 Jn 1,7) echaba por tierra tanto la pretensión de estar por encima de la miseria del pecado como la actitud de ignorar el valor salvífico de la muerte de Jesús.

De la misma manera, la expresión “*propiciación*” por nuestros pecados, proveniente de los sacrificios por los pecados en el templo judío, destaca la muerte de Jesús como expiación de los pecados, de forma similar a lo que sucedía en la fiesta judía del *Yom Kippur* (Día de la Expiación), cuando se “descargaban” los pecados del pueblo sobre un macho cabrío que luego se llevaba a despeñar al desierto.

Pero todavía hay un pasaje más significativo en el que el autor de 1 Jn refuta directamente las concepciones de aquellos maestros gnósticos: “[Jesús] vino

por agua y sangre, no por agua únicamente, sino por agua y sangre” (1 Jn 5,6-7); es clara la alusión a la muerte de Jesús en el Calvario (“[del costado de Jesús] salió sangre y agua” [Jn 19,34]). Es significativa la insistencia en subrayar que “no por agua únicamente”; percibimos en esta insistencia la descalificación de la posición de los falsos maestros, que daban especial importancia al bautismo de Jesús (“agua”), en el cual el Cristo había descendido en forma de paloma sobre el hombre Jesús para abandonarlo después inmediatamente antes de su muerte.

La insistencia en “y sangre también” era un torpedo en la línea de flotación de aquellos maestros gnósticos; la palabra “sangre” devolvía todo el

realismo encarnatorio de Jesús no solo en su realidad humana (nótese el realismo histórico del “vino”), sino principalmente en el momento cumbre de su acción salvadora, realizada históricamente en la muerte en cruz.

– Por otro lado, a aquellos maestros no les venía mal desinstalarlos de la seguridad que sentían y enfrenarlos con la postura cristiana del que espera confiadamente.

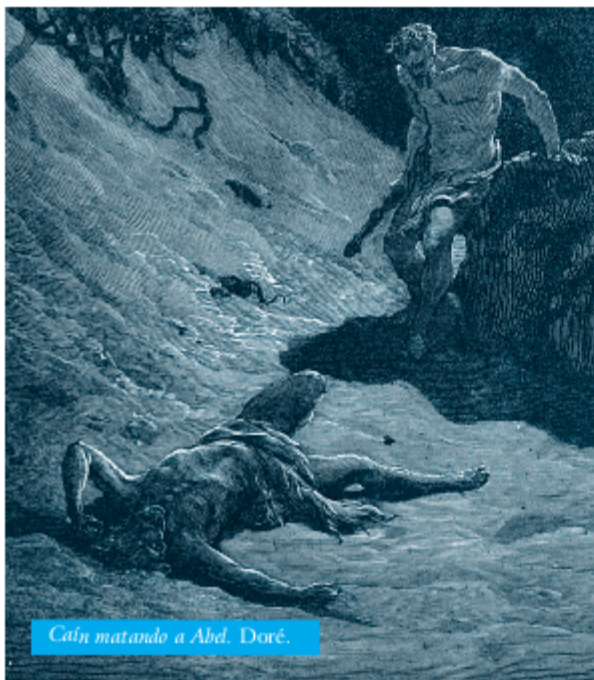
Por eso, el autor de 1 Jn recupera *la dimensión de futuro de la esperanza cristiana* (la escatología en clave futura): avisa de que hay *un día de juicio* ante el que someterse (1 Jn 4,17), que afectará a todos, también (¿especialmente?) a los disidentes; resalta la posibilidad de un desastre cuando él venga, y exige “permanecer en él para que, cuando él venga, no se encuentren *avergonzados*” (1 Jn 2,28); desmonta la seguridad de ser hijos de Dios, porque *aún no se ha manifestado esa filiación en plenitud* (1 Jn 3,2); avisa de las dificultades de la *última hora* (1 Jn 2,18), como

Frente al sentirse salvados por el “conocimiento” (gnosis), el autor de 1 Jn subraya el valor salvífico de la muerte de Jesús.

era de esperar, según decían las tradiciones primitivas, y aplica a esos falsos maestros los términos de “anticristos” y “falsos profetas” de los últimos tiempos (1 Jn 2,18.22; 4,1-3), como anunciaban las expectativas escatológicas para los momentos finales (cf. Mc 13,22; 2 Tes 2,1-12).

c) “SI UNO DICE: “AMO A DIOS”, Y ODI A SU HERMANO, ES UN MENTIROSO”. DESVIACIONES ÉTICO-MORALES

Estamos ante una de las áreas más conflictivas, más desconcertantes y, quizá por eso, mejor documentadas. Los adversarios de corte gnóstico presentan una llamativa incoherencia entre lo que afirman y lo que hacen.



Caín matando a Abel. Doré.

Puede parecernos extraña esta situación en personas que dicen poseer una alta espiritualidad. Pero, si echamos la vista atrás, enseguida nos damos cuenta de que es consecuencia natural de las situaciones anteriores: la autosuficiencia de quienes creen estar en la luz, sin pecado, en comunión con Dios, poseedores de todo conocimiento, no les permite bajarse al compromiso de la realidad cotidiana. Su espiritualismo descarnado les sitúa por encima de los demás y de cualquier obligación para con ellos.

El autor de 1 Jn reacciona con decisión contra estos falsos maestros repitiendo la ya conocida frase de “si decimos que... pero... mentimos” (1 Jn 1,6.8.10; 2,4.6.9; 4,20), poniendo al descubierto la falsedad de los cristianos que pronuncian muchas palabras y tienen en su haber pocos hechos, por lo que expresamente son amonestados: “Hijos míos, no amemos de palabra y con la boca, sino con hechos y de verdad” (1 Jn 3,18).

Son varios los puntos de incoherencia que 1 Jn denuncia. Entre otros destacan tres: no admiten que tengan pecado; no sienten amor por los hermanos; no prestan atención a los mandamientos.

1) *No admiten que tengan pecado* (1 Jn 1,8-10; 3,3-10; 5,16-18). Seguramente estos disidentes pensaban que el hecho de ser hijos de Dios les hacía inmunes a cualquier pecado, siguiendo la convicción de que “quien ha nacido de Dios no peca” (1 Jn 3,9), que ellos entendían como un seguro, mientras que el autor de 1 Jn lo entendía como una exigencia.

1 Jn califica esta pretensión como un engaño a sí mismos y como una ausencia de verdad (1 Jn 1,8). 1 Jn tiene que combatir dos actitudes: por un lado, la pretensión espiritualista de estar libres de pecado y, por otro, la displicencia y el descompromiso moral de aquellos miembros. Es fácil suponer la difícil relación intracomunitaria con miembros de este estilo.

2) *No sienten amor por los hermanos.* La falta de amor al hermano (1 Jn 2,9-11; 4,7-20), más en concreto la no compasión ante el hermano necesitado (1 Jn 3,17), es la incoherencia más destacada y, por tanto, la que mejor resalta la falsedad de las posiciones gnósticas.

La *exigencia del amor fraterno* es un tema recurrente en 1 Jn (2,9-11; 3,11-24; 4,7-21; 5,1-2), ya sea en plan polémico, para rechazar la indiferencia moral de los adversarios gnósticos y dejar al descubierto la falsedad de sus posiciones, ya sea en plan positivo, para definir el sello de autenticidad de una comunidad verdaderamente cristiana.

Pero aún hay más. La mención del “odio al hermano” (1 Jn 2,9), con el agravante de la referencia al “homicidio” al estilo de Caín (1 Jn 3,11-15), indica las fuertes tensiones, posiblemente encarnizadas luchas, en el seno de las comunidades joánicas: la falta de amor al hermano no se reducía a una simple indiferencia, sino que derivaba en actitudes hostiles y en acciones destructivas en contra de los miembros que no seguían a los maestros gnósticos. Esto se daba realmente: 3 Jn es un caso significativo de que la hostilidad irreconciliable conllevaba una ruptura de la comunión.

3) *No guardan los mandamientos.* No hay por qué entender que estos maestros fueran unos libertinos, ya que no se les atribuyen vicios concretos (las menciones de 1 Jn 2,15-17 no les afecta directamente a ellos) ni se les aplican las listas de vicios existentes, como sucede en otras cartas.

Más que combatir conductas concretas licenciosas, lo que se destaca en primer plano es que estos maestros *no conceden ninguna importancia salvífica a la conducta ético-moral*. Esto, que para nosotros resulta inconcebible, era consecuente con las doctrinas cristológicas que aquellos disidentes profesaban. Si todo el peso de la salvación reside en la luz, la verdad y la vida que ha traído el Hijo de Dios en su venida al mundo, y que los cristianos ya comparten desde el bautismo, consecuentemen-

te la vida terrena de Jesús no tiene importancia salvífica y, por tanto, las actitudes, enseñanzas y valores vividos y transmitidos por él no pasan de ser las opciones de cualquier maestro en humanidad, al estilo de otros maestros de escuelas filosóficas del entorno. De ahí que los mandamientos, derivaciones de las enseñanzas de Jesús, no tengan especial obligatoriedad moral, y menos aún consecuencias salvíficas.

Como siempre, el autor de 1 Jn reacciona sin contemplaciones. No deja respiro a sus oponentes y da donde más les duele, echándoles en cara la falsedad de una pretendida perfección espiritual que no tiene en cuenta los mandamientos. Si no guardan los mandamientos, afirmar que conocen a Dios es mentira (1 Jn 2,3-4); permanecer en Dios y Dios en ellos sin guardar sus mandamientos es imposible (1 Jn 3,24; 4,12); no hay amor a Dios si no se guardan sus mandamientos (1 Jn 5,3). Difícilmente se podía ser más directo, claro y contundente.

4. El final de las comunidades joánicas: ¿escisión?

Seguramente, a estas alturas nos sentimos interesados en saber cómo acabó toda esta situación conflictiva. Hay que reconocer que poco más sabemos sobre las comunidades joánicas.

Pero podemos avanzar algún paso más. Es de suponer que la prepotencia espiritual de aquellos maestros disidentes no les permitió aceptar las amonestaciones y los avisos de las cartas de Juan. Si fue así, no cabe más salida que la ruptura.

Y seguramente así fue. *1 Jn permite entrever una ruptura en el seno de la comunidad* (1 Jn 2,19; 4,1). El autor de 1 Jn (2,19) reconoce expresamente que “han salido de entre nosotros unos anticristos”: los disidentes provienen o han sido miembros de las comunidades joánicas. Es cierto que:

– Se han apartado de la línea doctrinal de la comunidad y se han situado al margen de la fe tal como ella la profesaba y la vivía. Esta separación espiritual, doctrinal y afectiva hace que se diga: “No eran de los nuestros”. Se había roto la comunión de fe y, consecuentemente, la unidad comunitaria;

– Pero aún se añade: “Si hubieran sido de los nuestros, se habrían quedado con nosotros”. Es claro que no solo se ha roto la comunión espiritual, sino que se han separado físicamente de la comunidad. Habían roto cualquier lazo de comunión, incluso físico. Se habían situado fuera de la comunidad, como denuncia 3 Jn: habían optado por la fragmentación.

Así pues, es razonable deducir una escisión en la comunidad o comunidades joánicas. No sabemos qué fue del grupo disidente ni de los que permanecieron fieles siguiendo los consejos de 1 Jn. Pero podemos aventurar una hipótesis –simplemente una hipótesis–, aunque con algunos tenues fundamentos.

a) Existió un *grupo secesionista*, separado del resto de las comunidades, que toma su propio rumbo, que sigue en las posiciones doctrinales que hemos visto y que aún goza de cierta influencia en las comunidades de las que procede, lo que motiva las reacciones del autor de 1 Jn.

Este grupo secesionista seguramente es la semilla de los grupos gnósticos y docetas que en el siglo II usan el cuarto evangelio como un escrito que les pertenece en propiedad y que solo ellos entienden. San Ireneo (ca. 180) tiene que desmontar la afirmación de que el cuarto evangelio es obra de un gnóstico llamado Cerinto, que propugnaba las doctrinas cristológicas que hemos reflejado.

Por la afirmación de una autoría gnóstica, y sobre todo por el secuestro gnóstico, el evangelio de Juan estuvo a punto de ser rechazado como un evangelio apócrifo. Ireneo entra en dialéctica con estos grupos, demostrando que los gnósticos deducían del evangelio de Juan doctrinas que no estaban ni en el texto ni en el pensamiento de Juan.

Fue el gran peso de la personalidad de Ireneo lo que hizo que este evangelio no se perdiera: lo rescató de los ambientes gnósticos y lo recuperó para la Iglesia, dejando claro que este evangelio, a pesar de su diferencia con los sinópticos, también representa la tradición apostólica; esto se expresó afirmando la autoría de Juan, un miembro de los Doce.

b) Podemos suponer, aunque para esto no tenemos datos, que *el grupo fiel al autor de 1 Jn* acabó integrándose en la “gran Iglesia”, que ya alboreaba a finales del siglo I y comienzos del II, como muestra el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Quizá en este momento se añade al cuarto evangelio el capítulo 21, destacando el papel de Pedro como el que había recibido de Jesús resucitado el encargo de pastorear a todos, también a estas comunidades joánicas que, después de las tormentas, buscaban la paz.

Entonces estas comunidades, cuyo tormentoso itinerario hemos seguido, encuentran en el resto de las comunidades el ambiente de autenticidad por el que tan denodadamente habían luchado. Ahí quedaba su esfuerzo por mantenerse en la fidelidad al “Evangelio”. Su aportación es importante: en medio de las tormentas han sabido encontrar el rumbo. ■

Pistas de trabajo

- 1 Lee cada una de las cartas prestando atención a las dificultades que en ellas se plantean según se expone en el nº 1 de la página 16.
- 2 Busca imágenes o representaciones de Jesús que puedan correr el riesgo de ser confundidas con las desviaciones cristológicas que se señalan en el punto 3: *Las cartas de Juan denuncian, reprochan y corrigen* (pp. 18-23).

ELEMENTOS TEOLÓGICOS EN LAS CARTAS JOÁNICAS



José Fernández Lago

Según las cartas de Juan, una relación clave para comprender la existencia del hombre es la que se establece con Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Diferentes aspectos y comportamientos se encuentran en estas cartas que señalan la fe y comunión del hombre con Dios como el amor, la verdad, el conocimiento o, por el contrario, el rechazo y la lejanía entre ambos expresados en el Maligno, el Anticristo, el mundo, el pecado. Los elementos teológicos que manifiestan esta relación son los que se analizan en este artículo.

1. Seres ultramundanos

A) LA TRINIDAD DIVINA

En las cartas de Juan, así como en el cuarto evangelio, hay una preocupación fundamental por Cristo y en general por todo lo que tiene que ver con Dios. El autor quiere hablar de Dios teniendo en cuenta lo que reveló Jesús. De esta forma, la preocupación por la autorrevelación de Cristo, que era fundamental en el cuarto evangelio, se deja sentir también de modo claro en las cartas joánicas.



Icono de la Trinidad. Rublev.

Teniendo en cuenta esta disposición del autor de las cartas, hemos de pensar que Dios, ya sea el Padre, el Hijo o el Espíritu, es un personaje clave, aunque no sea el único, en la existencia del hombre.

En concreto, se alude a *Dios* como el que nos manda creer en su Hijo y amarnos unos a otros como él nos ha amado (1 Jn 3,23). El primer mandamiento adquiere, pues, dos dimensiones distintas, aunque complementarias: el reconocimiento de la divinidad de Jesús y el mandato del amor a los hermanos. El reconocimiento de Cristo como Hijo es tan importante que quien lo niega no tiene comunión con el Padre, mientras que quien profesa la fe en el Hijo tiene comunión con el Padre (1 Jn 2,23).

Dios es amor, y ese amor es previo al que nosotros podamos tenerle a él, ya que Dios nos ha amado primero (1 Jn 4,19) al darnos a su propio Hijo, para que nos consiguiese la vida y perdonase nuestros pecados (1 Jn 4,9-10).

El Padre, al que se llama Dios, no solo es amor, sino también luz, sin mezcla de oscuridad (1 Jn 1,2). Él da testimonio de su Hijo, de suerte que, al venir de Dios ese testimonio, si lo aceptamos, estamos acogiendo lo que Dios nos ofrece (cf. 1 Jn 5,10). En cambio, si no aceptamos ese testimonio que Dios da de su Hijo, estamos haciendo mentiroso a Dios (1 Jn 5,10). El testimonio que Dios da consiste en entregarnos la vida eterna, la vida que está en su Hijo (1 Jn 5,11). De ahí que quien tenga a su Hijo tiene la vida, mientras que quien no lo tenga no tiene la vida (1 Jn 5,12-13).

Cierto que es necesario “conocer a Dios”. No basta para ello saber algo sobre su existencia o sobre lo que Dios quiere del hombre. Conocen de verdad a Dios quienes han recibido su unción y cumplen sus mandamientos. Ello da confianza a los creyentes para acercarse a él (1 Jn 2,3; cf. 2,20; 3,22).

Dios nos manda creer en el *Hijo* (1 Jn 3,23). Juan se queja de lo que dicen los docetas, que, sin tener en

cuenta lo que los discípulos de Jesús han visto y oído, consideran que la carne de Cristo no era verdadera carne: por eso afirma el autor de 1 Jn que “todo espíritu que profesa que Jesús ha venido en carne mortal procede de Dios” (1 Jn 4,2). La vida, dice el mismo autor, se nos ha manifestado en Jesús, hasta el punto de que nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella. Esa vida es la vida eterna, que estaba en la intimidad del Padre y que se nos ha manifestado (1 Jn 1,2).

En virtud del Hijo hemos llegado a saber lo que es el amor, ya que él ha dado la vida por nosotros (1 Jn 3,16). Esto no puede menos que hacernos recordar la afirmación de Jesús recogida por el autor del cuarto evangelio: “Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

El Señor nos ha dado parte en su *Espíritu*: por ello sabemos que estamos en comunión con él y él con nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (cf. 1 Jn 4,13). San Pablo lo dirá de otro modo, pero significando lo mismo: sabemos que somos hijos de Dios por el Espíritu que nos ha dado, por el cual clamamos a Dios llamándole Padre. No podemos hacer caso a cualquier espíritu, pues no todos vienen de Dios. Hemos de distinguir entre el espíritu de verdad y el espíritu del error (1 Jn 4,6). Desde luego, el Espíritu da testimonio, un testimonio acerca de su Hijo, que hemos de aceptar gustosos, pues viene de Dios (1 Jn 5,9).

B) EL MALIGNO (O DEMONIO), EL ANTICRISTO Y LOS ANTICRISTOS

El Maligno realiza desde el comienzo obras malas, hasta el punto de que se perciben como procedentes de él las obras de Caín o de quien le imita. De Caín se

dice que mató a su hermano porque, mientras las obras de su hermano eran buenas, él realizaba, en cambio, las obras del demonio (cf. 1 Jn 3,12). Como se dirá del mundo, del que se afirma que nada de lo que hay en él viene del Padre, otro tanto se dice del Maligno, pues sus criterios, lejos de procurar el bien de los hombres, buscan su mal.

Los jóvenes lo han vencido (1 Jn 2,13), porque son valientes y llevan dentro de sí la Palabra de Dios (1 Jn 2,14). Se ve claramente de qué modo hay que vencer al Maligno: con la Palabra de Dios en el corazón y con una actitud valiente, confiando en el Señor.

El Maligno, como se desprende de lo dicho, provoca en los hombres una connotación que conduce a un error de tipo doctrinal, más que moral.

El espíritu del *Anticristo*, según afirma el autor de 1 Jn, consiste en no profesar que Jesús ha venido en carne mortal (1 Jn 4,3). También identifica al Anticristo con el que niega que Jesús sea el Mesías (1 Jn 2,22). Así pues, el Anticristo, al igual que hemos dicho respecto del Maligno, tiene para

el autor de 1 Jn un valor doctrinal más que moral. Algo semejante sucede también en 2 Jn. El autor se queja de los seductores o Anticristos, que no profesan que Jesús vino en carne mortal (2 Jn 7). Quien sale del camino y no sigue la doctrina de Cristo no tiene a Dios consigo, mientras que quien sigue la doctrina tiene con él al Padre y al Hijo (2 Jn 9). El autor llama también a no hacerse cómplice del que traiga esa doctrina, sino más bien a rechazar sus propuestas, hasta el punto de no acogerle para evitar seguirlo (2 Jn 10-11).

El autor de 1 Jn nos dice que hay muchos *anticristos*, que salieron de ellos, aunque no eran de ellos (1 Jn 2,18-19). Muchos, salidos de entre ellos, son falsos

El Señor nos ha dado parte en su Espíritu: por ello sabemos que estamos en comunión con él y él con nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (cf. 1 Jn 4,13).

profetas (1 Jn 4,1). Son los que se desvían por sendas tortuosas, especialmente en el ámbito doctrinal.

2. El mundo

Nada de lo que hay en el mundo viene de Dios (1 Jn 2,16), por lo que en aquel que quiera bien al mundo no puede estar el amor del Padre (1 Jn 2,15). Si el mundo no tiene nada que ver con Dios, y el mundo no le reconoció, como dice el prólogo del cuarto evangelio, el mundo tampoco reconocerá ahora a los que son de Dios (cf. 1 Jn 3,1). Los ejecutores del sentir del mundo son los Anticristos, que pertenecen al mundo, hablan de modo mundano y el mundo los escucha (1 Jn 4,5).

Por eso no hemos de admirarnos si los Anticristos tienen odio a los cristianos (cf. 1 Jn 3,13). En cualquier caso, el mundo pasa, con sus ansias y demás preocupaciones, al revés de lo que sucede con quien cumple la voluntad de Dios, que permanece para siempre (1 Jn 2,17). El autor de 1 Jn dice aquí, con otras palabras, lo que indica el autor del cuarto evangelio al manifestar que quien comete el pecado es un esclavo, y el esclavo no se queda en casa para siempre, mientras que el hijo sí que permanece en la casa para siempre (cf. Jn 8,34-35). También se asemeja al modo de presentar a Jesús, manifestando a sus enemigos que ellos son de aquí abajo, mientras que él es de arriba, ellos son de este mundo y él no, y que morirán en sus pecados si no creen en él (Jn 8,23-24). Así pues, a diferencia de lo que acontece con el Maligno, “el mundo” tiene un valor más bien moral que doctrinal: es el prototipo de aquellos que siguen los criterios terrenos, materiales, y que por tanto no son sensibles a los dones espirituales.

A diferencia de lo que acontece con el Maligno, “el mundo” tiene un valor más bien moral que doctrinal: es el prototipo de aquellos que siguen los criterios terrenos, materiales.

El modo de terminar con el mundo, infligiéndole una derrota total, es vivir la fe (cf. 1 Jn 5,4). Quien cree que Jesús es Hijo de Dios derrota al mundo (1 Jn 5,5). Se ve que quien vive la fe se opone al mundo, en cuanto que cumple los mandamientos y rechaza al Maligno, pues cree en Jesús como Hijo de Dios.

3. Realidades inmateriales que ha de hacer suyas el creyente

A) LA LUZ

Es propia de Dios, quien no tiene mezcla alguna de oscuridad. Dios comunica su mensaje a los discípulos de Jesús (cf. 1 Jn 1,5), y, en virtud de ese mensaje recibido y transmitido, nos hacemos partícipes de esa luz. Ya en el cuarto evangelio se indica que los judíos intentaron gozar unos instantes del resplandor de Juan Bautista, hasta el momento en que llegó Jesús, que es la verdadera luz, la que alumbró al hombre que viene a este mundo.

Sin embargo, vivir en la luz no afecta solamente a nuestra relación con Dios. Por el contrario, si vivimos en la luz, “estamos en comunión unos con otros” (1 Jn 1,7). Así pues, vivir en la luz es propio de quien acepta y acoge a Jesús, que es “la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9).

B) EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Puede decirse que “quien obra el mal no ha visto nunca a Dios” (3 Jn 9-10). En cambio, quien cumple sus mandamientos sí conoce a Dios (1 Jn 2,3).

Respecto a lo que atañe a los otros cristianos, sucede que quien es de Dios y conoce a Dios los escucha, mientras que quien no es de Dios no los escucha (1 Jn 4,6).

c) LA VERDAD

El que niega que Jesús es el Mesías es un mentiroso, es el Anticristo, pues niega al Padre y al Hijo (1 Jn 2,22), y no tiene en sí la verdad revelada (1 Jn 2,4). En cambio, quien tiene la unción de Cristo conoce la verdad, y de esta no salen mentiras (1 Jn 2,21).

La verdad es uno de los grandes temas de 2 Jn. Ya en los primeros versículos de la carta se alude a ella, para indicar que se reconoce en lo que se ama y está dentro de nosotros, los creyentes. Es algo, pues, que procede de Dios, ya que, como consecuencia de la verdad y del amor, nos acompaña la misericordia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Quien vive “en la verdad” vive de acuerdo con el mandato del Padre y llena de gozo al autor de la carta (2 Jn 1-3). Por el contrario, quien se sale del camino y



no sigue la doctrina de Cristo no tiene a Dios consigo (2 Jn 9).

“Vivir en la verdad” es un tema importante en 3 Jn. De hecho, el autor se dirige a Gayo y le manifiesta la alegría que siente al ver que vive en la verdad (3 Jn 1-4). Todo ha de hacerse según la verdad: por eso el testimonio que ofrece el autor de 3 Jn sobre Demetrio es “conforme a la verdad” (3 Jn 12).

Así pues, de modo semejante a lo que se indica en el cuarto evangelio, la verdad es una realidad que procede de Dios y que responde a la esfera divina, mientras que el error y la mentira son propios del ámbito de Satanás y de los espíritus que le acompañan.

D) EL AMOR

Viene de Dios, pero se recibe en el hombre por medio de la palabra. Cuando el hombre guarda la palabra divina en su corazón, el amor de Dios llega al máximo (1 Jn 2,5). Por eso en 2 Jn se indica que el amor consiste en vivir según los mandamientos. Si el autor de 2 Jn pide a “la Señora” que se quieran bien unos a otros, de acuerdo con el mandato del Señor recibido desde el principio, ello quiere decir que “vivir en el amor” equivale a cumplir los mandamientos (2 Jn 6).

Dios no solo nos manda que creamos en su Hijo, sino también que nos amemos los unos a los otros, como él nos ha amado (1 Jn 3,23). Vivir según la caridad, incluso con aquellas personas con las que no se tiene especial trato, es algo que llena de satisfacción al autor de 3 Jn. De hecho, este alaba a Gayo por haber sido tan sensible con personas a las que no trataba, equipándolas desinteresadamente para el viaje, de suer-

te que no tuvieran que acudir a los paganos en busca de ayuda (3 Jn 5-8).

El tema de la caridad cristiana es, pues, otro de los grandes temas joánicos, que el discípulo amado ha recogido de las alocuciones de despedida de Cristo en el cenáculo, e implica no solo amarse unos a otros, sino la semejanza con ese amor que Cristo nos ha demostrado (cf. Jn 15,9-15).

E) EL PECADO Y EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El verdadero pecador es el demonio, pues lo fue desde el principio (1 Jn 3,8). Sin embargo, mientras que el justo imita a aquel que es justo, tampoco cabe duda de que “es del demonio” el que comete el pecado, pues imita en su modo de actuar al que era pecador desde el comienzo (1 Jn 3,7-8). El Hijo de Dios se manifestó para terminar con las obras del demonio (1 Jn 3,8).

Viene del demonio el que hace como Caín, que mató a su hermano porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas. Sus obras eran de ese modo “obras del demonio” (1 Jn 3,12). En cambio, la sangre de Jesús nos purifica de los pecados (1 Jn 1,7) y nos predispone a todo lo que es bueno. La maldad de

Caín se prolonga en aquel que lleva el odio en su corazón, de suerte que quien actúa de ese modo se vuelve un asesino, y ningún asesino lleva en sí vida eterna (1 Jn 3,15). Se percibe la contraposición entre el asesino, que no merece la vida, y la vida eterna, que Dios da a quienes aman de verdad.

Hemos de reconocer que en nosotros existe el pecado, pues, si consideramos que no lo tenemos, no estamos en la verdad (1 Jn 1,8), y además estamos dejando

De modo semejante a lo que se indica en el cuarto evangelio, la verdad es una realidad que procede de Dios y que responde a la esfera divina, mientras que el error y la mentira son propios del ámbito de Satanás y de los espíritus que le acompañan.

a Dios por mentiroso (1 Jn 1,10), a él, que ha venido para librarnos del pecado.

Si reconocemos nuestras culpas, el Señor, que es fiel y justificador, nos perdonará nuestros pecados y nos librá de nuestra maldad (1 Jn 1,9). En la tradición sinóptica se dice que, cuando uno acude a Dios reconociéndose pecador, el Señor le perdona, de modo que puede irse a casa justificado. En cambio, si uno se considera justo hasta el punto de no necesitar ser perdonado, vuelve a su casa en la condición de pecador, pues no le ha pedido a Dios el necesario perdón (cf. Lc 18,9-14). Aunque el que peca se rebela contra Jesús, él se

prestó a borrar nuestros pecados, hasta el punto de librarnos de nuestra maldad (1 Jn 3,5; cf. 1,9). El Señor nos exhorta a no pecar. Sin embargo, en el caso de que pequemos, nos defenderá ante el Padre nuestro señor Jesucristo, el "Justificador", que expía nuestros pecados y los de todo el mundo (1 Jn 2,1-2).

A los que han logrado el perdón, Jesús los librá de su maldad (1 Jn 1,9). De este modo, el que sigue en comunión con él rechaza el pecado, hasta el punto de poder pensar que quien peca no ha visto ni conocido al Señor (1 Jn 3,1). Todo el que tiene puesta la esperanza en Jesús trata de vivir una vida limpia, como él la vivió



(1 Jn 3,3). Debido a que Cristo es “Justificador”, todo el que hace lo que es justo es hijo de Dios (1 Jn 2,29). De ahí que la vida del cristiano ha de ser una vida en la luz, en comunión con Cristo y en comunión con los hermanos.

La vida eterna existía en la intimidad del Padre, pero Jesús nos ha dado a conocer su existencia. Gracias a Cristo, en cierto sentido la hemos visto ya, y damos

testimonio de ella (1 Jn 1,2). De todos modos, esperamos el momento en el que el Señor se manifieste definitivamente en gloria. Cuando eso suceda, seremos semejantes a Dios, pues lo veremos tal cual es (1 Jn 3,2).

4. Raíces de la conducta que debe tener el cristiano

A) NACER DE DIOS

Quien ha nacido de Dios ya no comete pecado, pues la semilla de Dios queda en él y ya no puede pecar (1 Jn 3,9; 5,18). Los hijos de Dios y los hijos del demonio se distinguen según el nacimiento (1 Jn 3,10). Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor (1 Jn 4,7). Todos cuantos creen que Jesús es el Mesías han nacido de Dios (1 Jn 5, 1). Los mandamientos de Dios no son pesados, porque el nacer de Dios nos permite vencer al mundo (1 Jn 5,3-4).

B) VENIR DE DIOS

Quien no hace lo que es justo no viene de Dios (1 Jn 3,10). Nosotros, en cambio, venimos de Dios (1 Jn 5,19), como todo el que obra el bien (3 Jn 9-10), ya que el amor viene de Dios (1 Jn 4,7). Así pues, quien hace suyo el amor responde al mensaje que ha oído desde el comienzo y demuestra haber pasado de la muerte a la vida al amar a los hermanos. De hecho, el que no ama permanece en la muerte (1 Jn 3,14). El gran amor de Dios hacia nosotros requiere que nosotros nos amemos unos a otros (1 Jn 4,12).

C) SER DE DIOS

Quien es de Dios y conoce a Dios nos escucha; quien no es de Dios no nos escucha (1 Jn 4,6). Jesús llegó a



Imagen del Apocalipsis del Beato de Liébana.

discutir abundantemente con los judíos sobre la procedencia de estos. Aunque ellos se consideraban “hijos de Abrahán”, al descender de él según la carne, no se parecían en nada al patriarca. De ahí que Jesús llegara a la conclusión de que no eran ni de lejos “hijos de Abrahán”, sino que más bien procedían del diablo. La razón estribaba en las obras que realizaban. Si fueran hijos de Abrahán, realizarían las obras de Abrahán; pero ellos realizaban más bien las obras del diablo, que era malo desde el principio (Jn 8,39-45).

D) LA UNCIÓN

Todos los que forman parte del pueblo cristiano han recibido del “Santo” una unción, de modo que todos ellos tienen “conocimiento” (1 Jn 2,20). El que la realiza es el Mesías. Entre las palabras de Jesús al pronunciar el sermón del pan de vida se encontraban unas procedentes del Antiguo Testamento, donde se afirmaba que todos serían enseñados por Dios (Is 54,13; Jr 31,33-34; cf. Jn 6,45). San Pablo dirá que Dios nos unguirá para sí (2 Cor 1,21), mientras que el autor del Apocalipsis se referirá, en cambio, a una muchedumbre inmensa de sellados que, en virtud de ese sello, podrán afrontar una situación muy delicada y se verán libres de muchos males (cf. Ap 7,3).

E) ESTAR EN DIOS

Se trata de la estrecha sintonía entre el creyente y el Señor. San Pablo lo dice repetidamente cuando emplea la expresión “en Cristo”. También san Juan alude a ello, aunque de modo un tanto distinto. Para él, “estar en Dios” equivale a estar unido a Cristo, como están unidos los sarmientos a la vid.

Los cristianos conocemos que “estamos en él” si guardamos su palabra, de suerte que entonces el amor de Dios llegue de verdad a su plenitud (1 Jn 2,5).

F) PERMANECER EN DIOS

Este tema, joánico por antonomasia, se desarrolla también en 1 Jn. En la carta se indica que “si nos queda dentro lo que aprendimos desde el principio, también nosotros permaneceremos en el Hijo y en el Padre” (1 Jn 2,24). Es este un modo distinto de decir que si los sarmientos no están unidos a la vid, no sirven más que para ser quemados, cosa equivalente a lo que

sucede si nosotros no estamos unidos a Cristo (cf. Jn 15,4). La permanencia en Cristo es fruto de la unción del Señor. Merced a ella no necesitamos que nadie nos enseñe nada, y podemos permanecer en él (1 Jn 2,27).

A veces se dice “permanecer en comunión con Dios”. Quien cumple los mandamientos está en comunión con Dios y Dios en comunión con él (1 Jn 3,24). Y sabemos que estamos en comunión con él por el Espíritu que nos ha dado (1 Jn 3,24). Si uno dice que permanece en unión con Cristo, tiene que comportarse como Jesús se comportó (1 Jn 2,6). Si continuamos en comunión con Dios, cuando él vuelva no nos sentiremos fracasados (1 Jn 2,28).

Permanecen en el Hijo y en el Padre los que conservan dentro de sí lo que aprendieron desde el principio (1 Jn 2,24).

G) SER SEMEJANTES A DIOS

Como el Señor es luz sin mezcla de oscuridad, seremos semejantes a él cuando Cristo se manifieste y le veamos tal cual es (1 Jn 3,2). Mientras tanto tendre-

*Quien hace suyo
el amor responde
al mensaje que ha oído
desde el comienzo
y demuestra haber
pasado de la muerte
a la vida al amar
a los hermanos.*

mos que ser de aquellos que aman a sus hermanos, pues quien los odia no está en la luz. En cambio, el que ama a su hermano está en la luz (1 Jn 2,9.10).

5. Conclusión

En las cartas joánicas encontramos muchos elementos teológicos. Algunos de ellos tienen relación directa con el propio Dios, mientras que otros aluden al hombre en su referencia a Dios o a lo divino. Lo mismo que en el cuarto evangelio, aparecen el mundo y los seres angélicos que han sido infieles a Dios como las fuerzas que pueden tirar del hombre para conducirlo por la senda del mal. En cambio, además del cumplimiento de los mandatos divinos que se requiere para vivir la vida de Dios, se emplean expresiones semejantes a “nacer de Dios”, “venir de Dios”, “ser de Dios” o “vivir en la verdad” como algo del hombre que procede de Dios, y que nos muestra cómo es el ámbito de la esfera divina. Los que siguen los mandatos del Señor ejercen el verdadero amor, a imitación del que Dios nos dispensó al entregar a su Hijo. Este murió por nuestros pecados y purificó nuestro corazón, llamándonos a la vida en él, una vida en la que debemos amar de corazón a los hermanos. Reconocer a Cristo como Hijo del Padre eterno, que nos da su Espíritu, y cumplir los mandamientos divinos, entre ellos el del amor a los hermanos, son exigencias que no pueden disociarse.

Se desvían de la senda de Dios los que no hacen suya la doctrina de Cristo, de suerte que su vida, más acorde con el sentir del mundo, es una vida dominada por el

pecado, aun en el caso de que algunos crean que están sin pecado. Los que, en cambio, se reconocen pecadores y tienen un concepto adecuado de lo que Cristo significa para sus vidas, reciben de él el perdón de los pecados y la purificación, en orden a vivir en adelante una vida justa. Gracias al Espíritu que el Señor nos ha concedido sabemos que estamos en comunión con Dios. Se trata del Espíritu de la verdad, que hemos de distinguir del espíritu del error. Los que viven según la verdad, lo cual lleva consigo el cumplimiento de los mandatos divinos, viven la vida que Dios les ofrece y se dispo-

nen así a la vida eterna. Estas personas conservan en su interior la doctrina que han recibido desde el principio. No tienen de modo definitivo la vida eterna, pero la tendrán cuando Cristo se manifieste en gloria. Entonces verán a Dios y serán semejantes a él, porque alcanzarán a verlo tal cual es. ■

Los que siguen los mandatos del Señor ejercen el verdadero amor, a imitación del que Dios nos dispensó al entregar a su Hijo.

Pistas de trabajo

- 1 ¿Cuáles son las expresiones que hacen referencia al Maligno, al Anticristo y a los anticristos?
- 2 ¿Qué criterios de vida identifican las cartas con “el mundo”?
- 3 Comenta el punto 4 y concreta las raíces de conducta y los elementos que configuran la fe cristiana.

EL PRESBITERO Y LA SEÑORA (2 JN)



Julio Lamelas Míguez

Al llamar a la comunidad cristiana con el título de “señora” se realza su importancia respecto a otras comunidades, así como la función maternal que ella desempeña. Para mantener tal denominación y ejercer dicha función, el autor de esta segunda carta recuerda a los cristianos que deben mantenerse en la “verdad y el amor”, cuyo único fundamento es Jesucristo.

La segunda carta de Juan es el escrito más breve de todo el Nuevo Testamento, pero no por ello el menos importante. En su brevedad ofrece un compendio muy interesante de la doctrina cristiana, para presentarlo contundentemente contra ciertas tendencias gnostizantes que negaban la realidad de la encarnación de Jesucristo y alertar a los cristianos frente a esos seductores y anticristos que “no reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre” (2 Jn 7).

Su autor, “el presbítero”, podría ser Juan, el discípulo amado (ya “anciano” [*presbyteros*]), o un discípulo suyo, o un líder o guía que preside alguna de las comunidades joánicas situadas en Asia Menor, en la región de Éfeso, o bien alguien de gran prestigio que tiene autoridad sobre todas ellas sin ser *episkopos*. En efecto, después de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d. C., muchos cristianos se vieron obligados a salir de Palestina y se establecieron en Asia Menor, sobre todo en Éfeso, formando un conjunto de comunidades situadas en la provincia, en un área geográfica relativamente extensa, que son las destinatarias de esta segunda carta y de la tercera.

En torno al año 100 d. C., cuando el autor probablemente dirigió la carta, estas comunidades ya estaban bien organizadas. Llevaban al menos treinta años de vida cristiana y no había grandes problemas, a no ser el riesgo de alguna desviación doctrinal, que había que atajar, de miembros de la comunidad (“han salido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros” [1 Jn 2,19]) que se convirtieron en adversarios de ella y que la mayoría de los exégetas identifica con los secuaces de Cerinto, un promotor de doctrinas gnósticas y docetas que actuaba en el ambiente efesino.

Después de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d. C., muchos cristianos se vieron obligados a salir de Palestina y se establecieron en Asia Menor, sobre todo en Éfeso, formando un conjunto de comunidades.

El anonimato del autor podría evocar al discípulo amado del cuarto evangelio, del que se dice: “Entre los hermanos se corrió la voz de que aquel discípulo no moriría” (Jn 21,23), o también que el autor real de la carta ha querido poner su escrito bajo la autoridad de Juan. El nombre de la comunidad a la que se dirige y el punto de partida, “comunidad hermana”, no están especificados, por lo que cabría pensar que la carta ha sido escrita por un “presbítero” que tenía autoridad sobre todas las comunidades existentes, casi como un obispo (*episkopos*) sin serlo, para luego ser llevada por los discípulos del autor y ser leída en las asambleas litúrgicas de las distintas comunidades (algo así como las cartas pastorales de los obispos), entre otras cosas para que estuviesen atentas ante el peligro de aquellos adversarios y mentirosos seductores que, basándose en concepciones dualistas bastante próximas a las presentes en los escritos de los esenios de Qumrán, pretendían llegar a un conocimiento de Dios meramente intelectual y espiritual, no desde la práctica del amor fraterno.

Sin embargo, un detalle llama la atención. A dicha comunidad se la llama “Señora” (*Kyria*), único lugar en el Nuevo Testamento en el que aparece esta expresión, y solo dos veces (2 Jn 1.5), lo cual nos hace pensar que no era una comunidad cualquiera y que desempeñaba un papel y una posición especiales en medio de

todas las demás, aunque tuviese en común con las otras el título de “elegida” (*eklekté*) (cf. 2 Jn 1.13).

La estructura del escrito es perfecta, y podríamos considerar 2 Jn como una verdadera carta, con sus partes características: un autor, un destinatario (una comunidad), un saludo inicial, un mensaje (núcleo de la carta) y una despedida. Siguiendo este esquema, quie-

ro ofrecer brevemente una reflexión sobre algunos de los temas tratados en ella, que distribuyo en tres apartados.

1. Destinatarios y saludo inicial: 2 Jn 1-3

Sobre el autor y los destinatarios ya se ha hablado en la introducción. Ahora me limito a destacar algunas de las ideas más significativas del texto, que nos pueden ayudar a su comprensión.

Como he comentado antes, llama la atención el título *kyria* (“señora”) aplicado a la comunidad, que solo

aparece aquí en todo el Nuevo Testamento. ¿Qué pretende el autor al reconocerle este atributo a una comunidad? Quiere expresar que no se trata de una comunidad cualquiera y que hay que interpretarla en la perspectiva judeocristiana, en el ámbito del mundo judío, donde a menudo a la sinagoga, la asamblea de los creyentes, se la designa como “señora” o “mujer”. Pero además tiene sus hijos, a los que también se dirige la carta, destacando con ello que se trata de una comunidad “materna” que acoge en su seno a los creyentes “de verdad y con amor”. Estas dos expresiones serán clave en su mensaje: “verdad”, cinco veces (2 Jn 1[2x].2.3.4), y “amor/amar”, dos y dos (2 Jn 3.6; 2 Jn 1.5). Es posible que también con este tí-



Papiro de Abbot, escrito en hierático.

tulo se haga referencia a la comunidad como “esposa” de Cristo (cf. Ap 21,2.9; 22,17; Ef 5,23.24) y contenga una fuerte alusión a él (*Kyrios*), indicando que participa del mismo señorío de Jesucristo y de su misma vida divina, sin negar la humana.

A los cristianos de esta comunidad destinataria les escribe el autor diciendo que los ama “en la verdad”. Con ello, al unir “verdad y amor”, pretende recordar a sus destinatarios que el auténtico amor (*agape*) solo se puede fundamentar en la Verdad, que es el mismo Jesucristo, y que el amor entre los hermanos es sincero, porque “todos han conocido la verdad” (2 Jn 1) gracias a la presencia de Cristo en medio de ellos, “ya que la verdad permanece en nosotros y estará con nosotros para siempre” (2 Jn 2).

En el triple saludo, al clásico saludo hebreo “misericordia y paz” (*hen y shalom*; en griego, *eleos y eirene*), el autor antepone “gracia” (*charis*), expresión que se repetirá en forma de verbo (*chairein*) en 2 Jn 10.11, tradicional saludo griego de los judíos de la diáspora, para indicar que el seductor y el anticristo no podrán gozar de esta gracia, de la benevolencia divina, cuando les pide a los cristianos de la comunidad “que no los reciban en su casa ni los saluden” (*chairein auto me legete*), “porque el que los saluda comparte sus malas obras”.

Estos bienes, “gracia, misericordia y paz”, proceden de Dios Padre y de Jesucristo, Hijo del Padre, para insistir a los secesionistas que Jesús es Hijo de Dios y que Dios se ha encarnado en él. La fuerza del saludo se pone de manifiesto, de nuevo, en las expresiones “en la verdad y el amor” (2 Jn 3), síntesis de los bienes que provienen del Padre y del Hijo. Verdad y

amor juntos en el ser humano indican armonía, equilibrio, compenetración, plenitud. En este escrito cristiano vienen de Dios y solo en él conocen la perfecta armonía. Es deseo de nuestro autor que esta armonía también pueda existir en el hombre, para así poder librarse de la seducción de aquellos que proponen un conocimiento solo místico o espiritual de Dios, prescindiendo del Hijo del hombre y de su carne.

Llama la atención el título kyria (“señora”) aplicado a la comunidad, que solo aparece aquí en todo el Nuevo Testamento. ¿Qué pretende el autor al reconocerle este atributo a una comunidad? Quiere expresar que no se trata de una comunidad cualquiera.

2. Mensaje central

A) EXHORTACIÓN A LA OBSERVANCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR: 2 JN 4-6

El presbítero no comienza inmediatamente exhortando al amor, sino que, en el v. 4, quiere expresar su alegría de que los hijos de la “señora” caminan en la verdad. Pero en el am-

biente joánico no es difícil comprender que este “caminar en la verdad” se corresponde a “caminar en la luz” (cf. 1 Jn 1,5-7; 2,10-11) y que estas dos expresiones no hacen más que traducir una única exigencia: “caminar en el amor”. Curiosamente, este mismo pensamiento se encuentra en una de las reglas de la comunidad esenia de Qumrán (1QS, col. I), que seguramente Juan conoció. Cito textualmente: “... para buscar a Dios, para amar todo lo que él escoge y odiar todo lo que él rechaza; ... para obrar la verdad... para admitir en la alianza de la gracia a todos los que se ofrecen voluntarios a practicar los preceptos de Dios... para amar a todos los hijos de la luz y odiar a todos los hijos de las tinieblas, todos los que se ofrecen voluntarios a su verdad traerán todo su conocimiento, sus fuerzas y sus riquezas a la comunidad de Dios para purificar su conocimiento

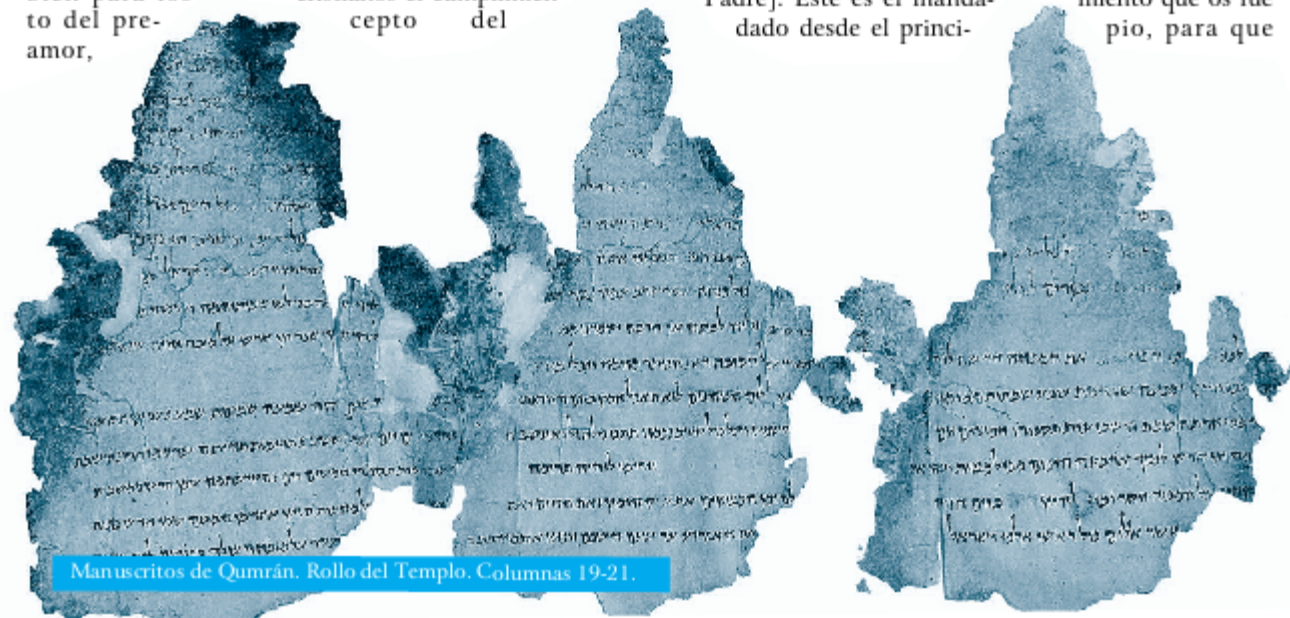
en la verdad de los preceptos de Dios...” (cf. F. García Martínez, *Textos de Qumrán*, Trotta, Madrid 1993, p. 49). A. González Lamadrid afirmaba que “la más estrecha relación entre Qumrán y el Nuevo Testamento se produce en los escritos de san Juan, y dentro de estos en la doctrina dualista: luz-tinieblas, verdad-perversión (desvío, extravío, mentira), que viene a ser como los medios ambientes en los que viven sumergidos los hombres y a través de los cuales actúan los protagonistas de la lucha”: hijos de la luz, de la verdad, del amor, e hijos de las tinieblas, del error, de la seducción mentirosa (cf. A. González Lamadrid, *Los descubrimientos del mar Muerto*, BAC, Madrid 1985, pp. 320-321). Como para la comunidad esenia, también para los cristianos el cumplimiento del precepto del amor,

Como para la comunidad esenia, también para los cristianos el cumplimiento del precepto del amor es una luz para descubrir la verdad en medio de las tinieblas y del error.

que ya es antiguo, “un mandamiento que tenemos desde el principio” (2 Jn 5), es una luz para descubrir la verdad en medio de las tinieblas y del error, como veremos a continuación.

En 2 Jn 4-6 nos encontramos con el primer término del binomio, en el que la norma es el amor y la luz es la verdad, pero a continuación se produce como una ruptura y pasamos inmediatamente al segundo término del binomio: la oscuridad, las tinieblas, el error. Se trata, como en la escolástica, de un proceso de tesis, antítesis y síntesis. Ya conocemos la tesis, que está

en el centro mismo de la carta, que a su vez es una síntesis de toda la doctrina cristiana: “El amor consiste en vivir según sus mandamientos [los recibidos del Padre]. Este es el mandamiento que os fue dado desde el principio, para que



Manuscritos de Qumrán. Rollo del Templo. Columnas 19-21.

sea norma de vuestra vida” (2 Jn 6). “Ahora [viene la antítesis] han irrumpido en el mundo muchos seductores...” (2 Jn 7).

B) EXHORTACIÓN A GUARDARSE DE LOS SEDUCTORES: 2 JN 7-8

También en el centro de la carta, como en un paralelismo antitético con 2 Jn 6, irrumpen los seductores, entre los que se encuentra el anticristo, que “añaden la mentira ética a la mentira cristológica. O, dicho más exactamente: en ellos puede observarse tanto la negación de Jesucristo encarnado como la falta de *agape*” (cf. W. Thüsing, *Las cartas de san Juan*, Herder, Barcelona 1978, p. 215). Su espiritualismo no es capaz de conocer una verdadera encarnación del amor. Sin duda estamos ante un error de los gnósticos, sobre todo de los docetas, que reducían la carne de Cristo a una simple apariencia. Para ellos, Cristo no era un verdadero hombre, y la encarnación no pudo ser más que una apariencia. El ser divino, según ellos, es de tal manera superior al mundo material que es imposible que haya vivido (en Cristo) en una carne real. “Pero esta doctrina implicaba una negación radical del cristianismo”; por ello, “el autor exhorta (v. 8) a no dejar perder el fruto del trabajo que han realizado, sino a mantenerse fieles para recibir la recompensa” (cf. D. Muñoz León, *Cartas de Juan*, Desclee de Brouwer, Bilbao 2010, p. 217).

C) EXHORTACIÓN A PERMANECER EN LA ENSEÑANZA DE CRISTO Y MEDIDAS PARA EVITAR EL CONTAGIO DE LOS SEDUCTORES Y ANTICRISTOS: 2 JN 9-11

En una rotunda síntesis, el autor, sirviéndose de otra antítesis, resume el juicio que merecen los seductores y

la grandeza de la auténtica postura cristiana. “En el primer miembro de la antítesis se describe la postura negativa y se indica su condena (v. 9a)” (cf. D. Muñoz León, *o. c.*, p. 218). “Todo el que se descarría y no permanece en la doctrina de Cristo no tiene a Dios”, y lo mismo quien se deja arrastrar por la enseñanza de los seductores; sin embargo, en el segundo miembro de la antítesis: “El que permanece en la doctrina tiene al Padre y al Hijo” (v. 9b), el que no permanece en la doctrina es alguien que va más allá, que se sobrepasa, que se excede. Evidentemente, aquí se alerta de nuevo contra la tendencia de los gnósticos a no hacer caso de la doctrina de la Iglesia, a no permanecer en ella y a lanzarse a interpretaciones espiritualistas totalmente nuevas (cf. W. Thüsing, *o. c.*, p. 217).

Frente a estos disidentes, que ponen en peligro la integridad de la fe tradicional: la doctrina básica del amor y la verdad, el autor invita a los cristianos de la “señora elegida” a una ruptura completa, a no acogerlos en su casa ni saludarlos. Pide que se les niegue la hospitalidad y el saludo. Y negarle esto significa no concederle la gracia, la misericordia y la paz que vienen de Dios y de su Hijo Jesucristo; en definitiva, la bendición divina.

Indudablemente, parece una actitud dura la que les pide el presbítero, pero probablemente ese grupo de personas estaba haciendo mucho daño dentro y fuera de la comunidad, sobre todo a los más “pequeños” o débiles en la fe. El mismo Jesús amonestó duramente a aquellos que podían ser ocasión de pecado para estos “pequeños que creen en mí; más les valdría que les ataran una piedra de molino al cuello y los arrojaran al fondo del mar” (Mt 18,6-7). San Pablo pide a sus hermanos que se aparten de aquellos que lo único que

El espiritualismo de los seductores no es capaz de conocer una verdadera encarnación del amor. Sin duda estamos ante un error de los gnósticos, sobre todo de los docetas, que reducían la carne de Cristo a una simple apariencia.

hacen es crear divisiones en la comunidad, servir a su propio vientre, no a Jesucristo, y que con palabras lisonjeras y aduladoras seducen los corazones de los sencillos (Rom 16,17-18; 2 Tes 3,6; Tit 3,10).

Los adversarios gnósticos representaban tal peligro para las comunidades cristianas que solo la más estricta separación de ellos podía salvar la sustancia de la fe. El

saludo que se prohíbe es más que una sencilla ceremonia de cortesía; significa entrar en comunión, en la verdad y en el amor, en la fe de una comunidad eclesial y participar de los bienes divinos. Negarlo lleva consigo una excomunión, una separación de la comunidad, con la consiguiente no participación en los bienes que recibe de Dios y de su Hijo.





Ecce homo. Rouault.

3. Despedida: 2 Jn 12-13

La fórmula de despedida es análoga a la de la tercera carta (3 Jn 13-14) y muy parecida a la conclusión del cuarto evangelio (Jn 20,30-31). El presbítero tendría otras muchas cosas que escribir, pero ya no quiere comunicarse con tinta y papel, sino de viva voz, “para que vuestro gozo sea pleno” (2 Jn 12). El gozo de sentirse liberados de los adversarios que rompen la comunión, la alegría de vivir en la verdad y el amor, siguiendo la enseñanza de Jesucristo, y la serenidad que producen la convivencia entre los hermanos en la fe y los dones divinos de la gracia, la misericordia y la paz.

Y también, por último, la alegría de sentirse queridos y recordados por las comunidades hermanas: “Los hijos de tu hermana elegida por Dios te envían saludos” (2 Jn 13). En este breve saludo final destacan tres cosas: el término “hijos” para designar a los cristianos, indicando una concepción de la Iglesia como madre, frente a teorías individualistas y espiritualistas; el hecho de que una Iglesia se diga “hermana” de otra y la consideración de “elegida” que comparten ambas Iglesias, poniendo de relieve la conciencia que tienen los creyentes en Cristo de ser pueblo elegido por Dios.

“De este modo concluye esta breve carta escrita a una comunidad atravesada por una crisis y por la consiguiente división interna debida a “seductores” que, aprovechándose de la acogida y la hospitalidad, perturban la paz y la unidad eclesial. El presbítero recuerda que la comunión de fe plasma la comunión eclesial y que la comunión eclesial determina la comunión de fe” (cf. E. Bianchi, *El amor vence a la muerte. Comentario exegético-espiritual a las cartas de san Juan*, San Pablo, Madrid 2010, pp. 177-178).

A distancia de siglos, el mensaje de la segunda carta de Juan sigue siendo de una gran actualidad. Solamente quisiera hacer algunas sugerencias, desde la reflexión

humilde y sincera, que podrían ayudarnos a comprender un poco mejor, hoy y ahora, la esencia del mensaje cristiano y el peligro de ciertas tendencias espiritualistas, muy presentes en la Iglesia actual, en todas las iglesias, que lo único que hacen es “extraviarnos” de la “enseñanza” que hemos recibido “desde el principio” o “el mandamiento” que tenemos desde antiguo: “Vivir conforme a la verdad, según el mandamiento que hemos recibido del Padre, que nos amemos los unos a los otros” (2 Jn 4-5); en resumen, “mantenerse en la verdad y el amor”.

No se comprende el amor si no se cree en la encarnación de Jesucristo, si no se conoce (agnosis) o se niega a Jesús, hombre “en carne”. Muchas veces en la historia, la teología se ha dedicado a estudiar, analizar e investigar sobre su divinidad, y muy pocas ha profundizado en su humanidad. Esto la ha llevado a posturas intransigentes, sacralizantes, integristas, desconectadas del mundo y de la realidad. No podemos separar en Jesucristo, Hijo del Padre, lo divino de lo humano; de lo contrario, nos aislamos y nos separamos de la auténtica comunidad creyente, cuyos pilares son la verdad y el amor.

Muchos se han escandalizado cuando se ha hablado o se habla de las grandes cualidades humanas de Jesús de Nazaret: su amor a los pobres y marginados, su dolor ante el sufrimiento de su pueblo, sus miradas y gestos de amor con los enfermos, con los jóvenes, con las mujeres, con los paganos, su sufrimiento con la cruz y en la cruz. Quizá estos sean los nuevos docetas de nuestro tiempo, que solo prefieren destacar lo divino, lo santo, lo sagrado, y olvidar lo que con lo divino forma una única realidad: la carne. El Dios encarnado es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, sin

A distancia de siglos, el mensaje de la segunda carta de Juan sigue siendo de una gran actualidad. Nos ayuda a comprender mejor la esencia del mensaje cristiano y nos advierte del peligro de ciertas tendencias espiritualistas muy presentes en la Iglesia actual, en todas las iglesias.

distinción ni separación. El gran peligro de las religiones, que hace que cada vez haya menos adeptos, es establecer una frontera, una separación entre lo divino y lo humano, lo sagrado y lo profano, creyendo que lo bueno es lo que se mueve en la esfera de la sacralidad y que el mal proviene del mundo, de la “carne”. Como los docetas entonces, es mejor negar que Jesucristo viniera “en la carne”, porque de lo contrario no sería santo ni bueno.

Avanzando un poco más en las ideas que nos inspira esta breve carta, quisiera destacar la importancia que tiene el mandamiento: “Que nos amemos”, y que desviarse de ello es grave. Muchas veces nos preocupamos más de lo periférico, de las formas y formulaciones de la fe y de los dogmas, de lo superficial, de las apariencias, y nos olvidamos que lo básico y fundamental es el amor. Y esto sucede, como sucedía

con aquellos adversarios seductores del siglo I d. C., porque no creemos realmente en la irrupción de Dios dentro de la esfera de la “carne”.

No se entiende por qué muchas veces se condena o se desprecia o se margina a las personas de la comunidad, incluso dentro de ella, por cuestiones periféricas, secundarias, y no porque no viven “conforme a la verdad, según el mandamiento que hemos recibido del Padre: que nos amemos los unos a los otros” (2 Jn 4-5). Curiosamente sucede que los que no viven conforme a esa “verdad” son lo que más se fijan en lo exterior, en lo periférico, en lo insignificante, para hacer daño a los que son fieles al “amor”.

El presbítero que escribe la carta, en resumen, quiere comunicarnos que la “verdad y el amor” son los valores más importantes del cristianismo, los dos pilares

básicos de la religión cristiana. Lamentablemente, hoy son los menos respetados en nuestra sociedad, en las instituciones y en nuestras comunidades cristianas. No es extraño que exhorte a los suyos a negar el saludo a todos los que, instalados en la mentira y a través de la difamación, crean ruptura en la comunidad; a los que, caracterizados por sus constantes faltas de amor, a través de la envidia, el odio y el desprecio, crean amargura, malestar y desunión, porque no están en comunión con los hermanos, porque no saben “amar”.

Probablemente esto pueda sonar duro o escandalizar, pero es la realidad. Wilhelm Thüsing también es consciente del escándalo y la dureza de las palabras de 2 Jn 10–11: “Si alguno va a vosotros y no profesa esta doctrina, no lo recibáis en casa ni lo saludéis, porque el que lo saluda comparte sus malas obras”. Y las suaviza con este comentario: “En 2 Jn se dirige la palabra a toda la comunidad. Se trata, pues, de la decisión oficial de la comunidad eclesial. Y el saludo, según se ofrezca o se rechace, significa –en consecuencia– la afirmación o negación de la comunión eclesial. Y aquellos a quienes esta comunión eclesial ha de negársele son misioneros gnostizantes. Por consiguiente, en lo que se refiere al comportamiento de cada cristiano individual con cada uno de los adeptos de la gnosis, no se pueden sacar conclusiones para nosotros, aunque hemos de conceder que, según lo entiende el autor, las relaciones humanas de cada cristiano indivi-

dual se han de ver afectadas por este rechazo radical” (cf. W. Thüsing, *o. c.*, pp. 222-223).

Lo que sí está claro es que, si consideramos que la base de nuestra fe cristiana está en la “Verdad y el Amor”, que son el mismo Jesucristo “en carne”, y se pone en tela de juicio esta unidad, ya sea dentro de la misma comunidad o fuera, se exige de nosotros la voluntad incondicional de la legítima defensa, aunque no lleve consigo la negación del saludo. Y, sobre todo, la perseverancia en el testimonio, a pesar de los adversarios y enemigos de la fe o de los que aún no han comprendido cuál es el auténtico núcleo de la fe y la norma de su vida: el Amor. ■

Pistas de trabajo

- 1 Según la introducción del artículo, ¿quién sería el autor de la segunda carta?
- 2 Comenta el sentido de estas expresiones en la carta: “caminar en la verdad”, “caminar en la luz”, “caminar en el amor”.
- 3 Lee y relaciona con la carta los textos de Mt 18,6-7; Rom 16,17-18.
- 4 Relee el último párrafo de este artículo y expresa tu conformidad o desacuerdo con el autor.

EL CONCEPTO DE “VERDAD” EN LAS CARTAS DE SAN JUAN



Antonio Llamas Vela

La “verdad” en las cartas joánicas no es un concepto abstracto, sino Jesucristo, revelación de Dios. Conforme a esta verdad revelada en la Palabra, en la Vida, en el Amor de Jesús, los cristianos están llamados a obrar y vivir. Con esta actitud de vida se constituyen en servidores y testigos de la verdad.

El concepto de “verdad” es uno de los temas preferidos en los llamados escritos joánicos. El autor de estas cartas acude a lo que entonces se conocía como Primera Alianza, es decir, el Antiguo Testamento, y aplica a Jesús el concepto de verdad para explicar a la comunidad cristiana a Jesús, Buena Noticia de salvación, Mesías y Señor, Palabra viva de Dios. Ahora, en la Nueva Alianza, Jesús, el Cristo, es la verdad de Dios. A nosotros nos corresponde ahora leer el texto de las tres cartas de san Juan, leer, leer repetidamente, y hacerlo muchas veces. La lectura tiene unas connotaciones importantes para saber desentrañar en un segundo momento no solamente el contexto de ese término en el conjunto de las tres cartas, sino para llegar también a entender mejor sus diversos significados.

La importancia del término “verdad” es sin lugar a dudas uno de los temas preferidos del autor de estas cartas. Comprender su valor, su significado y su relación con los motivos con los que está articulado es una tarea que nos conducirá al mensaje religioso de estos escritos. El término “verdad” aparece no solo en el cuarto evangelio, sino también en las cartas de san Juan, mientras que en el libro del Apocalipsis se encuentra el adjetivo “verdadero”. Nuestro estudio pretende ayudar a los lectores a leer el texto, que se presenta como Palabra divina, de las cartas de san Juan. En primer lugar, explicaremos la importancia que tiene el término “verdad” en los escritos joánicos. En segundo lugar, definiremos el contexto en el que desarrolla dicho término en las cartas joánicas. En tercer lugar, veremos los distintos significados del término “verdad” y su relación con otras palabras claves en esos escritos.

1. La importancia del término “verdad” en los escritos joánicos

Ante todo, hay que decir que la noción de verdad no puede entenderse en toda su amplitud y originalidad solamente desde el punto de vista del autor, sino desde un sustrato netamente judío y, sobre todo, desde el Antiguo Testamento, tanto en la Biblia hebrea como en la Biblia griega, la literatura apócrifa y los textos de Qumrán.

La importancia del término “verdad” es uno de los temas preferidos del autor de estas cartas. Comprender su valor, su significado y su relación con los motivos con los que está articulado es una tarea que nos conducirá al mensaje religioso de estos escritos.

La Biblia hebrea repite el sustantivo “verdad” 127 veces, mientras que el verbo “ser fiel”, “ser verdadero”, “estar firme”, se reitera 97 veces. La Biblia griega traduce el sustantivo hebreo “verdad” en 83 ocasiones. El verbo “confiar”, “convencer”, “confiar en”, “creer en”, se repite en 47 ocasiones.

El concepto de “verdad” aparece en los escritos del Nuevo Testamento 109 veces, de las cuales 25 se encuentran en el cuarto evangelio y 20 en las cartas de san Juan. He aquí el orden de los textos, los 45 pasajes donde aparece la palabra “verdad” en san Juan. En el cuarto evangelio: 1,1.17; 3,21; 4,23.24; 5,33; 8,32 (2x).40.44 (2x).45.46; 14,6.17; 15,26; 16,7.13 (2x); 17,17 (2x).19;

18,37 (2x).38. En las cartas de san Juan: 1 Jn 1,6.8; 2,4.21 (2x); 3,18.19; 4,6; 5,6; 2 Jn 1 (2x).2.3.4; 3 Jn 1.3 (2x).4.8.12.

El sustantivo “verdadero” se reitera 16 veces en los escritos joánicos (3,33; 4,18; 6,31.32; 6,55; 7,18; 8,13.14.17.26; 10,41; 19,35; 21,24; 1 Jn 2,8.27; 3 Jn 12), de las 26 ocasiones en las que aparece en el Nuevo Testamento. El adjetivo “veraz” se repite en los escritos de san Juan 22 veces (Jn 1,9; 4,23.37; 6,32; 7,28; 8,16;

15,1; 17,3; 19,35; 1 Jn 2,8; 5,20.20; Ap 3,7.14; 6,10; 15,3; 16,7; 19,2.9.11; 21,5; 22,6).

El adverbio “verdaderamente” tiene una frecuencia más restringida, pues solo aparece ocho veces (Jn 1,47; 4,42; 6,14; 7,26.40; 8,31; 17,8; 1 Jn 2,5).

Con ello queremos subrayar, por una parte, la importancia fundamental del vocabulario en la teología joánica y, por otra, que la verdad, tanto en el cuarto evangelio como en las cartas, manifiesta el tema de la revelación por excelencia.

La teología acerca de la verdad en el cuarto evangelio se concentra en tres aspectos fundamentales: Jesús es la verdad, en cuanto que es la Palabra de la verdad (Jn 8,45-46; 16,7), él es testigo de la verdad (Jn 18,37) y él mismo es la verdad hecha carne, es decir, es el Verbo hecho carne, lleno de la gracia y de la verdad (Jn 1,14-18), y también Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6).

2. El contexto en el que se desarrolla la verdad en las cartas de san Juan

Cuando leemos las cartas de san Juan es necesario definir el contexto, porque se trata de una realidad importante. Es preciso que el lector capte muy bien la selección del contexto pertinente para la interpretación. Olvidar el contexto y no tener en cuenta todos y cada uno de sus significados es como adular la Palabra divina y llegar a realizar la interpretación de cualquier manera. Esto supondría sacar dicha Palabra divina del lugar, del género en el que está expresada, de su función y significado, sobre todo de su enunciado, así como de una actualización del sentido en ambos Testamentos. Con ello queremos indicar que los textos del Nuevo Testamento exigen ser leídos a la luz del Antiguo Testamento. Sobre todo, porque los autores del Nuevo Testamento reinterpretaron el Antiguo, realizando así su relectura, y con ella

se convirtieron en testigos de la vida de Jesús y reconocieron en él el cumplimiento de las Sagradas Escrituras.

Todo ello hace posible leer la Palabra divina que se encuentra en estas cartas de san Juan en el mismo Espíritu en el que fueron escritas. Lo contrario es menoscabar y restringir la importancia de la Palabra divina y llevar a cabo un análisis reductivo, sea cual sea el método o acercamiento que usemos para hacer comprensible a los lectores las realidades que leen en el texto. Es fundamental definir el *significado* y el *significante* del concepto de “verdad” para saber comprender el contexto en la lectura de las cartas joánicas. El *significado* es el contenido del texto, es decir, lo que ma-



nifiesta el texto, esto es, el concepto que expresa en este caso el término “verdad” leído por el lector o los lectores. El *significante* es la expresión fónica o textual. Dicho de otro modo, en la narración de las cartas joánicas, el significado es lo que el autor cuenta, mientras que el *significante* representa la enunciación, como fruto del trabajo del narrador.

La “verdad” aparece en las cartas de san Juan, como ya hemos indicado más arriba, en una veintena de pa-



Moisés con las tablas de la Ley. Rembrandt.

sajes. Indicaremos de manera básica el contexto de los lugares de las tres cartas de san Juan donde se encuentra este término.

A) LA PRIMERA CARTA DE SAN JUAN

1 Jn manifiesta cómo los creyentes deben “obrar la verdad” (1 Jn 1,6). El contexto del verso manifiesta a Dios como la luz en la que no hay tiniebla alguna, y vivir en Dios y pertenecer a él conlleva obrar la verdad. Esta actitud lleva a los creyentes a ser fieles a la Palabra y a la misma vida que posee la Palabra de Dios. Las cinco frases que constituyen la unidad donde se inserta nuestro verso (1 Jn 1,5-10) contienen el tema fundamental de toda la primera carta, es decir, cuáles son los criterios que permiten reconocer la realidad interior de los cristianos.

El contexto del capítulo 2 está generado por la expresión “guardar los mandamientos”; guardar el mandato nuevo es sinónimo de guardar la Palabra y estar en la vida de la luz y, sobre todo, en el amor de Dios, contrario al amor del mundo. San Juan insiste en el conocimiento de la verdad (1 Jn 2,4.21).

El autor de esta carta pone de manifiesto la estrecha relación entre la verdad y el amor, dando siempre prioridad a la verdad, porque la menciona antes que la caridad, ya que la caridad es fruto de la verdad (1 Jn 3,18-19), como aparece en un pasaje de la segunda carta de san Juan (2 Jn 3).

1 Jn contrapone dos realidades: los que escuchan a Dios y los que no escuchan (1 Jn 4,6). Los que escuchan tienen el Espíritu de la verdad, que se opone al espíritu del error, es decir, al anticristo y a los falsos profetas. Los dos espíritus se oponen, como aparece en el *Manual de disciplina* de los escritos de Qumrán (1QS 3,13-4,26) y en el *Testamento de los doce patriarcas*.

Un verso de 1 Jn subraya dos realidades importantes. La primera es recalcar el hecho de la venida de Jesús, su

bautismo en el Jordán y su muerte en la cruz. San Juan enmarca estos hechos en la vida pública de Jesús y contempla el valor de la obra de salvación. La segunda indica, por una parte, el agua, como signo de la abundancia que trae Jesús y, por otra parte, la sangre, que es el signo de la fecundidad espiritual, es decir, el Espíritu de la verdad. El contexto es la defensa contra los herejes; en concreto, contra los gnósticos, que se oponían a la Iglesia, y sabemos que donde está la Iglesia está el Espíritu de Dios (1 Jn 5,6).

B) LA SEGUNDA CARTA DE SAN JUAN

El autor indica desde los versos iniciales de 2 Jn que los creyentes llegan mediante su fe a la madurez de la vida cristiana, porque ellos son poseedores del conocimiento de la verdad de una manera firme y estable. Esta verdad es la fuente de la caridad para los cristianos, porque ella misma es capaz de amar en la verdad (2 Jn 1.2).

San Juan explica la relación entre la verdad y el amor. Él da siempre prioridad a la verdad y la menciona antes que el amor, porque la considera su fundamento, aunque promete a los cristianos que viven la verdad la posesión de otros bienes espirituales: la gracia, la misericordia y la paz proceden del Padre y de Jesucristo (2 Jn 3). Con ello, san Juan realza los diferentes bienes que vienen del Padre por la mediación histórica de Jesucristo. Esta referencia a la enseñanza de Jesús aparece enseguida en los versos siguientes de esta carta, donde encontramos la expresión “según el mandamiento que hemos recibido del Padre” (2 Jn 4).

C) LA TERCERA CARTA DE SAN JUAN

El autor de esta carta evoca algunos lugares del Antiguo Testamento en los que se lee la expresión “yo amo en verdad” (Dt 6,9; 10,4; 14,1; 15,3). La expresión usada por nuestro autor nos sitúa en un contexto de Alianza

y debe entenderse desde un lenguaje de sinceridad y como fruto de la oración que expresa la vida interior de la persona (3 Jn 1).

Caminar en la verdad y dar testimonio de la verdad nos conducen a un contexto de comportamiento cristiano en el seno de la comunidad. Es realzar la actitud del cristiano para vivir una vida de amor que se inspira en la fe. La verdad está presente en la vida de Gayo, del mismo modo que se realiza en la Iglesia como comunidad de inspiración del amor de los cristianos hacia sus misioneros (3 Jn 3).



La propia Iglesia debe caminar en la verdad, y esta es la situación de la comunidad cristiana. Los cristianos desarrollan esta práctica colaborando con los misioneros al servicio de la verdad. Así, esta doctrina se convierte en la fuente de inspiración del amor para la vivencia de la fe cristiana (3 Jn 4.8.12).



3. Los significados del término “verdad” en las cartas de san Juan

Los significados del concepto de “verdad”, según los lugares donde se encuentra este término, constituyen una verdadera teología de la Iglesia naciente. Después de leer las cartas de san Juan especificamos el significado del concepto de “verdad”, así como su relación con otros términos clave.

A) OBRAR LA VERDAD

La expresión joánica “obrar la verdad” (1 Jn 1,6) es una fórmula que se encuentra en el Antiguo Testamento y describe la fidelidad a Dios en el cumplimiento de las cláusulas de la Alianza (Neh 9,33; 2 Cr 31,20). La Biblia griega recoge esa expresión con más frecuencia que la Biblia hebrea. Esta expresión no se aplica a Dios, pero en el judaísmo, sobre todo en el libro de los *Jubileos*, significa practicar la verdad y la justicia (Jub 20,9; 36,3). El *Testamento de los Doce Patriarcas* se aproxima al Nuevo Testamento en cuanto que obrar la verdad lleva consigo la práctica de la caridad fraterna (*Test. Rubén* 6,9; *Test. Benjamín* 10,3). La literatura de Qumrán también utiliza la fórmula (1 QS 1,5; 5,3; 8,2).

El autor de 1 Jn da un valor concreto al sustantivo “verdad”. Nuestro pasaje indica algunos aspectos importantes; a saber, si nosotros caminamos en las tinieblas, es decir, si nuestra vida no es iluminada por la revelación del amor, no puede “obrar la verdad” (1 Jn 1,6). San Juan realiza una relectura y reinterpreta la verdad en función de la fe en Jesús. Y la verdad que la persona debe ejercitar es la divina revelación de Dios acontecida en Jesucristo, con lo que esa verdad será la norma fundamental de todo su actuar en la vida cristiana (1 Jn 1,6).

B) GUARDAR LOS MANDAMIENTOS

El que “no guarda sus mandamientos” (1 Jn 2,4) es un mentiroso, y “la verdad no está en él” (1 Jn 1,8). Esto significa que la mentira de los herejes o de quienes se dejan influir por ellos no puede observar los mandamientos, con lo cual la verdad no está en ellos (Jn 2,21). San Juan describe a los cristianos como aquellos que poseen el conocimiento de la verdad y en quienes mora la verdad. En estos pasajes, la verdad es la revelación, la palabra de Cristo, considerada como el manantial del actuar cristiano y como la fuente de inspiración de todo su comportamiento.

C) EJERCITAR EL AMOR A LA VERDAD

“Amar de hecho y en verdad”: no se usa esta expresión de una manera simple, sino que el autor emplea una fórmula compuesta y yuxtapone la palabra “obra” al término “verdad” (1 Jn 3,18). El significado de esta expresión se entiende por los dos versos anteriores, es decir, nosotros, los cristianos, debemos ayudar a nuestros hermanos en la necesidad, porque de lo contrario el amor de Dios no habita en nosotros (1 Jn 3,16-17). Por tanto, “amar de hecho y en verdad” significa la autenticidad de la caridad cristiana. De suyo, los cuatro sustantivos, “palabra”, “lengua”, “obra” y “verdad”, dan razón de la interpretación de este verso, donde observamos una composición de dos miembros que forman un contraste. No amemos de palabra ni con la lengua, sino con obras y con la verdad. Hay, pues, una invitación a la práctica de la caridad hacia los hermanos hasta una donación total de nosotros mismos (1 Jn 3,18). La expresión “en la verdad” signifi-

“Amar de hecho y en verdad” significa la autenticidad de la caridad cristiana. De suyo, los sustantivos “palabra”, “lengua”, “obra” y “verdad” dan razón de la interpretación de este verso, donde observamos una composición de dos miembros que forman un contraste.

ca, como en otro pasaje (2 Jn 1,2), la interiorización de la verdad, pero se trata formalmente de la revelación salvífica del amor, considerado como la norma de acción de los cristianos. En los versos siguientes (1 Jn 3,19-20) se interioriza la verdad.

D) EL ESPÍRITU DE LA VERDAD

Otra de las expresiones usadas por el autor de 1 Jn consiste en reconocer el significado del “Espíritu de la verdad”, opuesto al “espíritu del error” (1 Jn 4,6). El Espíritu de la verdad es aquel que se abre al conocimiento de Dios, mientras que el que no es de Dios no escucha. San Juan usa el verbo “escuchar” para que los creyentes entiendan y confiesen a Jesús, Hijo de Dios (1 Jn 4,15). Pero en nuestro verso (1 Jn 4,6) se refiere a la docilidad de los cristianos con respecto a los que enseñan la verdad, frente a los errores propagados por los falsos maestros. Se trata de un criterio eclesial, de comunión con Dios. La función del Espíritu de la verdad descrito en este texto consiste en que hace que los cristianos ejerciten la fe. Específicamente, es una actitud exterior de

docilidad hacia los que enseñan en la Iglesia (1 Jn 4,2; 3,24; 4,13).

El “Espíritu de la verdad” ejerce directamente su acción sobre la revelación, sobre la fe. Su influencia recae en el comportamiento de los cristianos, ya que ejerce en todos ellos la verdad. La acción del Espíritu de la verdad nos hace creer en el nombre de Jesús, nos hace conocer el amor del Padre, manifestado en el envío de su Hijo. Los apóstoles contemplan en Jesús al Hijo de Dios y son testigos de su fe en medio de los cristianos. El Espíritu es también el príncipe del amor

de los cristianos. Él hace descubrir a los cristianos el amor del Padre y, por la fe, introduce este amor en su vida, para que puedan practicar el amor con sus hermanos (1 Jn 5,6).

e) EL ESPÍRITU NOS HACE CONOCER LA VERDAD

“Conocer la verdad” es otra de las expresiones que debemos explicar y cuyo significado en el ámbito de la segunda carta de san Juan (2 Jn 1-4) debemos ex-

poner. El término “verdad” aparece en estos versos cinco veces, y junto a esta palabra el verbo “conocer”.

El verbo “conocer” está en tiempo perfecto, lo cual indica que los cristianos, por su fe, llegan a la madurez en su vida, porque ellos poseen el conocimiento de la verdad de una manera firme y estable (Jn 8,32). Esta afirmación comprende que el conocimiento es un fruto de la fe. Creer es el medio para llegar al conocimiento, es decir, a la verdad (2 Jn 1).



F) LA VERDAD ESTÁ EN MEDIO DE NOSOTROS

“La verdad está en medio de nosotros para siempre” (2 Jn 2). Este pasaje tiene afinidad con un texto del cuarto evangelio: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,16). El autor promete a los cristianos otros bienes espirituales: gracia, misericordia y paz, como frutos de la verdad (2 Jn 3).

Jesús anuncia el Espíritu de la verdad presente en los cristianos para siempre. El pastor de la comunidad cristiana se alegra y regocija porque sus hijos caminan en la verdad, por recibir el mandato del Padre, es decir, el amor, con lo cual ejercen el mandato nuevo, esto es, amarse unos a otros, como fruto de la verdad que está en ellos (2 Jn 4).

*El amor
es el catalizador
de la realidad cristiana.
Amar, pero en la verdad:
este es el verdadero
amor cristiano.*

G) EL AMOR AL SERVICIO DE LA VERDAD

El amor es el catalizador de la realidad cristiana. Amar, pero en la verdad: este es el verdadero amor cristiano. Este amor se recrea con la verdad en el Evangelio, y, mediante la fe cristiana, los creyentes llegan a la luz de Cristo. Los cristianos caminan en la verdad porque hacen del amor su camino, su vida, su propio compromiso (3 Jn 1.3). Una de las actitudes de los cristianos consistía en colaborar con los misioneros en el “servicio de la verdad”. San Juan invita a todos a ser servidores en la comunidad cristiana. Para ello se fomenta, por una parte, la vivencia de la verdad de Cristo y, por otra, se hace vida la práctica de la verdad. Demetrio es un testigo de la verdad que habita en todos (3 Jn 8.12).

Conclusión

Las cartas de san Juan y la percepción del término “verdad” nos conducen a una verdadera cristología que se mezcla con la eclesiología, donde el amor lleva a la verdad, a la práctica del mandato nuevo de Jesús. Los cristianos actuarán en la obra de la verdad. Este concepto encierra toda una teología revelacionista del Verbo encarnado, de la que dimana una rica cristología en el primitivo cristianismo. Cristología y eclesiología se funden en una simbiosis perfecta, y el autor de las cartas de san Juan contempla de manera sublime la verdad como clave interpretativa para desentrañar el misterio de Cristo, auténtica verdad del hombre y verdad de Dios. ■

Pistas de trabajo

- 1 Señala la relación existente entre estas expresiones:
 - Obrar la verdad (1 Jn 1,6).
 - Conocimiento de la verdad (1 Jn 2,4.21; 2 Jn 1–4).
 - La caridad es fruto de la verdad (1 Jn 3,18-19).
 - Caminar en la verdad (3 Jn 4.8.12).
 - Amar de hecho y en verdad (1 Jn 3,16-17).
 - El Espíritu de la verdad (1 Jn 4,6).
- 2 Comenta la vinculación entre “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,16) y “La verdad está en medio de nosotros para siempre” (2 Jn 2).



SECCIÓN ABIERTA

10 И пошел Ровоам в Сион, чтобы поставить его на царство. Когда услышал о сем Наватов, — он находился в Беер-Шеве, — он встал и убежал от царя Соломона и вступился Иеровоам на Египет. И послали Иеровоам и все сыновья его в Египет к Ровоаму и весь Израиль, и говорили ему так:

11 Отец твой наложил на нас тяжкое и трудное бремя, и ты облегчи жестокость его. И сказал им Ровоам: дайте опитъ ко мнѣ.

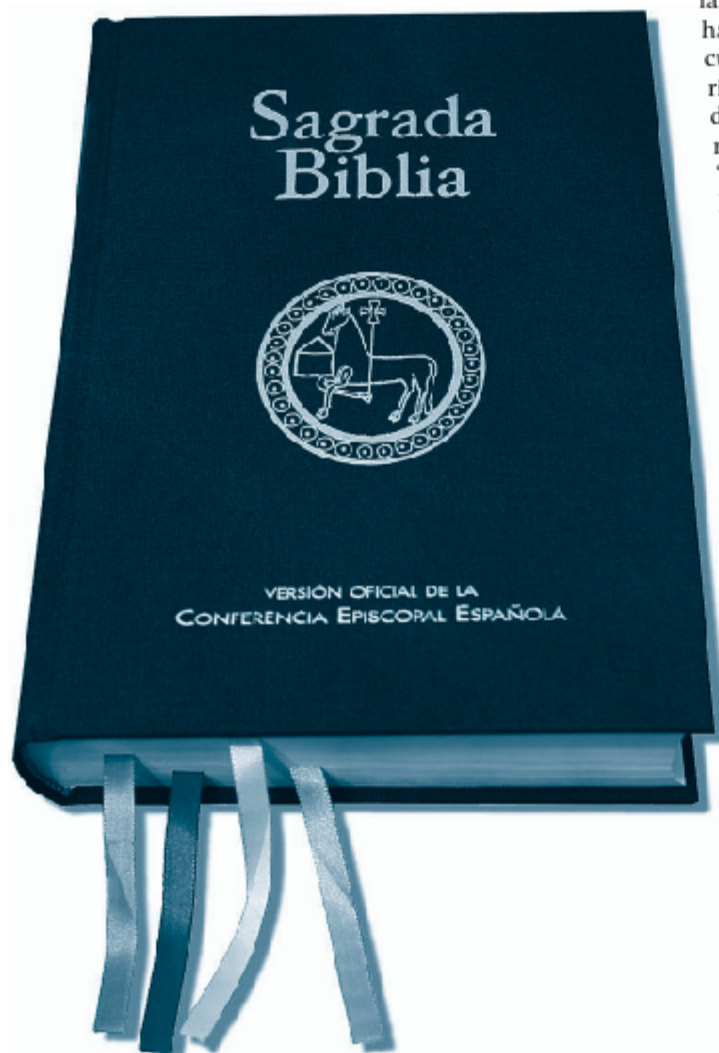
SOBRE LA SAGRADA BIBLIA.

VERSIÓN OFICIAL
DE LA CEE



Juan Miguel Díaz Rodelas

La nueva traducción de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española no se enfrenta a la valiosa contribución y labor de las otras traducciones ya publicadas, sino que se presenta como la Biblia oficial de referencia para todas las actividades evangelizadoras de la Iglesia española: será el texto bíblico utilizado en los libros litúrgicos, en la catequesis, en la enseñanza escolar y, de algún modo, en el estudio de la teología.



El 14 de diciembre de 2010, fiesta litúrgica de san Juan de la Cruz, se celebró una rueda de prensa en cuyo marco fue presentada la traducción de la Sagrada Escritura que la Conferencia Española ha adoptado como versión oficial. En dicha circunstancia, monseñor Martínez Camino, secretario general de la CEE, afirmaba que la aparición de esa traducción era un “acontecimiento histórico”, afirmación que reiteró en la conferencia “La Biblia de la Conferencia Episcopal Española: historia de un proyecto eclesial y editorial”, pronunciada en el Congreso “La Sagrada Escritura en la Vida de la Iglesia”, que se celebró en Madrid entre el 7 y el 9 de febrero del año en curso con motivo de la presentación de la obra.

Malinterpretando las palabras del obispo secretario, no ha faltado quien ha criticado semejante consideración, indicando que la de los obispos no era, ni mucho menos, la primera Biblia que se traducía al español desde las lenguas originales. Evidentemente que no lo era, ni nadie la ha presentado con esa pretensión, porque simplemente no es cierto.

En la citada rueda de prensa, el propio Martínez Camino introducía y justificaba lo de “acontecimiento histórico” diciendo antes que nada: “Por primera vez, tenemos una Biblia en español para todas las actividades oficiales de la Iglesia”. Esta es precisamente la primera característica que hace de la aparición de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la CEE* un acontecimiento histórico: ninguna de las abundantes traducciones al español que, gracias a Dios, han ido apareciendo en el mercado librero, particularmente desde la última década de la primera mitad del siglo XX, ha recibido el refrendo de los obispos españoles. Esto, que es un algo objetivo, no supone, ni mucho

menos, juicio alguno sobre el valor de las mismas, que, en general, es bastante alto.

La nueva traducción no ha sido concebida frente a las ya publicadas o a las que pudieran publicarse en el futuro. Su elaboración y edición han querido responder, más bien, a un deseo sentido desde hace algún tiempo en la comunidad eclesial de habla española.

Prehistoria del proyecto: las traducciones litúrgicas de los años del postconcilio

Es bien sabido que el último concilio de la Iglesia católica, el Vaticano II, recogió y dio nuevo impulso al conocido como “movimiento bíblico”. En este sentido, los padres conciliares animaron a la traducción de la Sagrada Escritura desde las lenguas originales (*Dei Verbum* 22) y a una lectura más asidua y un estudio diligente de los libros santos, acompañadas ambas por la oración (*Dei Verbum* 25; cf. además *Dei Verbum* 11.23.24, así como las muchas afirmaciones que se hacen sobre este tema en el resto de documentos del Vaticano II). Junto con ello expresaron el deseo de que se abrieran “con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura”; de ese modo, “la mesa de la Palabra de Dios se prepararía con más abundancia para los fieles” (*Sacrosanctum Concilium* 51).

Este deseo puso en movimiento antes que nada una labor de traducción de los textos bíblicos proclamados en la liturgia. Primero se tradujeron los leccionarios del *Misal tridentino*, que eran los que estaban vigentes, pero, en cuanto fueron apareciendo los nuevos leccionarios elaborados de acuerdo con las

directrices del Concilio, la tarea de traducción también se extendió, como es lógico, a ellos. El equipo de traductores lo presidía el jesuita P. L. Alonso Schökel y, junto a este gran maestro de la ciencia bíblica, lo componían los conocidos Ángel González Núñez, José M^a González Ruiz, José María Valverde y el padre Juan Mateos, que se incorporó al equipo en un segundo momento.

¿Por qué se decidió hacer una traducción nueva de los textos bíblicos, cuando existían reconocidas versiones de toda la Biblia? El propio P. Alonso Schökel y otros miembros del equipo de traductores respondieron a esta pregunta en una serie de interesantes artículos publicados en la revista *Ecclesia* en el año 1965 y que el ya mencionado secretario general de la CEE se encargó de desempolvar y citar ampliamente en la conferencia del Congreso “La Sagrada Escritura en la Vida de la Iglesia” a la que nos hemos referido más arriba.

De acuerdo con la Conferencia de Metropolitanos, instancia eclesial autorizada en aquel entonces para tomar decisiones sobre estos temas, se creyó oportuno emprender una labor de traducción que tuviera intención literaria, sin necesidad de pasar por la etapa de traducción pedestre o bárbara. Es verdad que había otras traducciones, pero, siendo la Biblia un texto venerable, complejo y hondo, la labor de actualizarla, antes que nada traduciéndola, no se agota en este o aquel intento. En primer lugar, porque la lengua cambia de una época a la otra y, además, porque el texto, rico en sí mismo, ofrece siempre nuevas posibilidades de ser comprendido e interpretado.

La tarea de estos pioneros de la traducción litúrgica les ocupó desde el año 1963 a 1981; su primer fruto fue El *Leccionario dominical y festivo*, publicado en 1964, y el último, la traducción de las lecturas y textos bíblicos incluidos en la liturgia de las horas.

Una idea que toma cuerpo

Mientras se avanzaba en la realización de estas primeras traducciones litúrgicas oficiales fue ganando terreno la idea de ampliar la tarea al conjunto de la Biblia. Para muchos era un trabajo necesario, aunque no eran pocos los que pensaban que las cosas no estaban todavía maduras para una empresa así. Quienes la veían con buenos ojos consideraban más que conveniente –y vuelvo a remitirme al tantas veces recordado padre Alonso– “que el lenguaje bíblico de la catequesis sea para todos el mismo, y que sea precisamente el de la liturgia; de lo contrario, o perdemos el valor del lenguaje bíblico o comenzamos la división lingüística desde la infancia. Y otro tanto se puede decir de la catequesis de adultos, ampliada en cursos de religión o de teología, en conferencias y lecciones”. Todo ello, porque “muchos términos y muchas fórmulas bíblicas tienen una densidad teológica, y como tales deben ser propuestas”.

A esta primera razón esgrimida por el sabio jesuita se unía la del efecto de favorecer un ministerio de la palabra amplio y eficaz: “Si la autoridad de la Vulgata ayudó a la renovación de la predicación en general, tan promovida por Trento, ¿no debe suceder lo mismo al renovarse (ahora) la predicación española?”. Y el padre Alonso esgrimía una tercera razón: a una teología a la que el latín le cerraba excesivamente el horizonte y que deseaba que su alma fuera la Sagrada Escritura, no le vendría mal disponer de un texto bíblico uniforme de referencia.

Los años pasaron y el tiempo propicio para emprender la tarea se percibió como tal en el Encuentro Obispos-Teólogos de septiembre de 1995, dedicado al documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, que había visto la luz no hacía mucho tiempo. Bastantes de los teólogos y biblistas que participaron en aquel foro de diálogo y

fraternidad entre los pastores de nuestra Iglesia y quienes se dedicaban en ella al estudio de la Sagrada Escritura y a la reflexión teológica expresaron su opinión de que había llegado el momento de acometer el trabajo de una Biblia de referencia para los hispanoparlantes.

Sentimentalmente hablando, aquel fue el pistoletazo de salida de la larga tarea de más de 10 años que ha concluido con la edición de la Biblia a la que nos venimos refiriendo, y cuyos hitos más significativos han sido: en mayo de 1966, las Comisiones Episcopales de la Doctrina de la Fe y de la Liturgia presentaron un “Proyecto y propuesta de *iter* para la elaboración de una Biblia de la Conferencia Episcopal Española”. En junio del mismo año el Comité Ejecutivo de la CEE estudió y aprobó el proyecto, creándose una Comisión Preparatoria y un Comité Técnico que lo llevara adelante; el Comité Técnico redactó una propuesta de criterios que, con pocos retoques, fueron aprobados en febrero de 1997 por la Comisión Permanente de la CEE; al año siguiente, se propuso y aprobó una lista de 24 especialistas, todos ellos miembros de la Asociación Bíblica Española, presididos por el Dr. Domingo Muñoz León, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y coordinados por un servidor, en calidad de secretario. El Comité Técnico revisó y unificó el trabajo presentado por los traductores de los distintos libros o grupos de libros de la Biblia, y lo hizo llegar a la Secretaría General de la CEE en junio de 2007 como “texto provisionalmente definitivo”; este fue enviado a todos los obispos, y cuatro de ellos fueron especialmente comisionados para que realizaran un estudio más a fondo del texto presentado. Las aportaciones de estos últimos y las de otros muchos prelados, que lo analizaron personalmente o recurriendo a biblistas y teólogos de sus respectivas diócesis, se unieron a las de los peritos de los Secretariados de las dos Comisiones de la CEE a las que nos referíamos más arriba (Li-

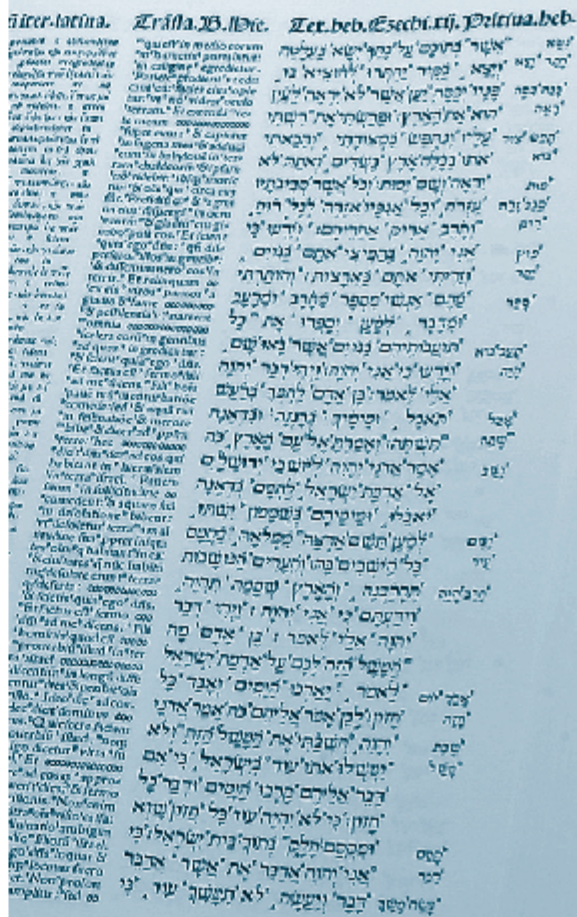
turgia y Doctrina de la Fe). De la consideración y ponderación de todas ellas por parte del Comité Técnico surgió el “texto revisado”, que fue aprobado por la Asamblea Plenaria de los Obispos en noviembre de 2008 y enviado enseguida a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. También esta instancia romana realizó algunas sugerencias y observaciones, que el Comité Técnico estudió detenidamente, incorporando bastantes de ellas.

El resultado de este último tramo se envió a Roma en mayo de 2010. Finalmente, el 29 de junio del mismo año el cardenal prefecto de la citada Congregación, el español Antonio Cañizares Llovera, firmó la *recognitio* de la versión oficial de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española.

La edición ha sido preparada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) y debe tanto como a sus promotores y traductores al interés, el seguimiento y los desvelos del director de la citada editorial, el Dr. Jorge Fernández Sangrador, y de su director de Ediciones, el Dr. Juan A. Mayoral López, miembros, también ellos, de la ABE.

Los criterios

Los criterios a los que nos hemos referido más arriba se concretaron en primer lugar en la referencia a los textos originales como punto de partida de todo el trabajo. No podía ser de otro modo. El propio Vaticano II había hablado de la solitud materna de la Iglesia en orden a procurar “que se redacten traducciones aptas y fieles... sobre todo de los textos primitivos de los sagrados libros” (*Dei Verbum* 22). Ahora bien, es más que sabido que en la puesta en práctica de este criterio lógico y esencial el traductor se encuentra en no pocos casos con textos cuyo tenor original resulta difícil de establecer o cuya comprensión no resulta del todo clara; en una y otra



La Biblia Poliglota Complutense (1517-1520) fue la primera traducción de las Sagradas Escrituras a distintas lenguas que se hizo en España.

circunstancias, se hace necesario recurrir a las primeras grandes traducciones y, muy especialmente, a la antiquísima versión griega del Antiguo Testamento, llamada de los Setenta, que la Iglesia hizo suya desde muy pronto, además de a otras traducciones orientales y latinas, sobre todo a la conocida con el nombre de Vulgata (cf. *Dei Verbum* 22).

Otro de los criterios lo imponía el uso litúrgico al que estaba destinado el texto resultante: había que prestar atención a la *editio typica* de los leccionarios, cuyo punto de referencia principal es la traducción latina ordenada por el papa Pablo VI y promulgada en 1979 por el beato Juan Pablo II con el nombre de *Nova Vulgata*. A este criterio se refería explícitamente la Quinta Instrucción para la recta aplicación de la “Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum Concilium*, art. 36) *Liturgiam autenticam* sobre el uso de las lenguas vernáculas en la publicación de libros de la liturgia romana”.

En relación con los textos bíblicos, este documento, publicado en los meses de marzo-abril de 2001 por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, con la debida aprobación pontificia, establecía en primer lugar que “las traducciones litúrgicas deben hacerse sólo a partir de la *editio typica* latina y nunca de otras traducciones ya existentes. La *Neo-Vulgata*, que es la actual versión oficial de la Biblia Latina, debe ser utilizada como referencia en la preparación de las traducciones bíblicas, para uso en la liturgia”. Esta primera indicación se concretaba luego en la siguiente normativa, más precisa: “Se debe prestar especial atención a la traducción de las Sagradas Escrituras, para su uso en la liturgia. Para ello, debe desarrollarse una versión que sea exegéticamente correcta y, al mismo tiempo, idónea para la celebración litúrgica. Una única versión, con estas características, deberá ser usada de forma general dentro del área de una misma Conferencia de los Obispos y ha de ser la misma para un determinado

pasaje que pueda encontrarse en diferentes lugares de los libros litúrgicos. La finalidad debe ser conseguir un estilo específico, con sentido sagrado, en cada lengua, y que sea acorde, hasta donde sea posible, con el vocabulario utilizado por el uso popular católico y los textos catequéticos más comunes. Todos los casos dudosos que surjan, en referencia a la canonicidad y a la exacta disposición del texto, deben ser resueltos con referencia a la *Neo-Vulgata*. Las imágenes concretas, que se encuentran en palabras que se refieren a lenguaje figurativo y hablan, por ejemplo, de ‘dedo’, ‘mano’, ‘rostro’ de Dios o de su ‘caminar’, y términos como ‘carne’ u otros, deben ser traducidos literalmente y no ser reemplazados por abstracciones. Estos constituyen, de hecho, imágenes propias del texto bíblico y, en cuanto tales, deben ser mantenidas”.

Además de la evidente incidencia de estas indicaciones en la elección y comprensión de algunos textos, la normativa vaticana determinaba la aplicación de uno de los criterios de traducción que parece haber marcado la traducción de los leccionarios hecha en los años del postconcilio, es decir, la equivalencia dinámica. Aunque no ha quedado constancia escrita directa de los criterios que guiaron aquel trabajo de traducción, la lectura de los textos creaba la impresión no sólo de que se había evitado una traducción literal, sino de que se había procurado verter las estructuras lingüísticas de las lenguas originales a las estructuras lingüísticas del español. Junto con esto, era fácil constatar que ciertos términos de claro sabor religioso habían sido sustituidos por otros que, al menos para los traductores, lo eran menos.

El tantas veces citado padre Alonso se expresaba en los siguientes términos en una entrevista concedida a la revista *Vida Nueva* el año 1995: “Con el uso se han sacralizado algunos términos que en los textos originales eran neutrales. Cuando Mateo habla de dar un *poterion* de agua fresca (10,42), no piensa en un vaso sacro. Los recipientes sagrados se usaban solo en el

templo, no en la cena familiar de la Pascua. No deben pensar los lectores que Jesús utilizó un vaso sagrado, un 'cáliz'. Tampoco Pablo tenía un vaso sacro para celebrar la eucaristía. Vaso y copa responden al original".

Pero ¿había que renunciar, por ello, al más que consagrado "cáliz" en la traducción de los textos del Nuevo Testamento sobre la institución de la eucaristía? No parecía ni acertado ni adecuado. También la fe ha creado su lenguaje, que, por otro lado,

se ha hecho patrimonio común, al menos en buena parte de la cultura occidental. ¿Hacia justicia al tenor de los textos sacrificar las referencias explícitas de Fil 2,6-11 al auto-vaciamiento, la auto-humillación y la obediencia de Cristo sustituyéndolas por otros términos supuestamente más inteligibles, como, respectivamente, "despojarse de su rango", "rebajarse" y "someterse"? Al margen de que, más allá de todo dinamismo, se pueda dudar de que aquellas expresiones equivalgan a estos términos, es más que evidente que,



eliminados algunos de estos, el himno paulino aparece privado de cualquier engarce con su contexto.

El último de los criterios que han guiado la traducción de la versión oficial de la CEE ha sido la importancia teológica de algunos pasajes. Tal vez, el caso más significativo en este sentido sea el de Rom 8,3, que se había traducido como “Dios... envió a su Hijo encarnado en una carne pecadora como la nuestra”. Además de redundar en la referencia a la carne (“encarnado” y “en una carne”), que no se encuentra en el original griego, esta traducción puede crear una

doble impresión: antes que nada, que “la carne” de los humanos, es decir, la condición humana en cuanto tal, es por sí misma pecadora; junto a ello, que, al asumir la “carne” humana, es decir, al hacerse hombre, Cristo asumió el pecado, algo que, como es bien sabido, se aleja de la fe de la Iglesia sobre la impecabilidad de Cristo, de quien se dice expresamente en el Nuevo Testamento que “no conoció pecado” (2 Cor 5,21) o, más claramente, “que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado” (cf. Heb 4,15). La traducción que se ofrece en la



versión oficial de la CEE evita ambos peligros, traduciendo más literalmente el texto griego y ofreciendo a pie de página una nota explicativa. La traducción dice: "... enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne". La nota correspondiente ofrece esta explicación: "*En semejanza de carne de pecado* sintetiza tanto la verdadera humanidad del Hijo como la necesaria distancia de Cristo frente al pecado".

Una versión oficial

Para concluir esta reseña, quisiera referirme al calificativo de "oficial" que, por voluntad de la CEE, se ha dado a esta versión, y en relación con la cual se han escuchado algunas voces críticas. Para explicar el significado del mismo en relación con esta traducción, citaré algunas de las afirmaciones que se hacen en los documentos que introducen la obra.

El primero, la carta del cardenal arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, D. Antonio María Rouco Varela: la "versión ha de ser considerada como la oficial de la Conferencia Episcopal Española" porque, además de haber sido encargada expresamente y aprobada específicamente por los obispos, "contiene el texto bíblico que será utilizado desde ahora en los libros litúrgicos de la Conferencia Episcopal Española". El propio cardenal añade que, más allá de este uso en el marco de la liturgia, "fuente y cumbre de toda la vida de la Iglesia" (*Sacrosanctum Concilium* 10), la versión será

texto de referencia en la catequesis, en la enseñanza escolar y, de algún modo, en el estudio de la teología.

En cualquier caso, la carta del cardenal Rouco que estamos citando precisa el sentido último de este carácter oficial de la versión de la Conferencia Episcopal: de lo que se trata es de que, escuchado, meditado, asimilado y estudiado, el texto sagrado nos ayude "a todos a conocer mejor y a amar con toda el alma a Jesucristo, y a ser sus testigos en el mundo". Algo parecido afirma el obispo secretario al final de su presentación: "Quiera el Señor que –como lo desean los obispos– esta *Sagrada Biblia*, preparada con tanta paciencia y esmero en prolongación del tradicional servicio de la Conferencia Episcopal a la Palabra de Dios en la mesa eucarística, ampliado ahora a toda la obra evangelizadora de la Iglesia, contribuya al encuentro vivo de cuantos la lean con el Verbo de Dios hecho carne".

El tercero de los documentos episcopales que dan paso a la *Sagrada Biblia*, la instrucción pastoral "La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia", aprobada por la XCI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española el 7 de marzo de 2008, abunda en estos deseos, expresión clara de la finalidad marcadamente eclesial de esta obra de traducción de los textos sagrados: "Al ofrecer al pueblo cristiano esta nueva traducción de la Sagrada Escritura, los obispos de la Conferencia Episcopal Española ponemos bajo la materna intercesión de la Santísima Virgen María los frutos de santidad que esperamos se deriven de esta iniciativa. Ella nos recuerda constantemente que a la escucha atenta de la voz del Señor ha de seguir la obediencia fiel: *Hágase en mí según tu Palabra* (Lc 1,38). ■



LAS CARTAS JOÁNICAS EN LA BIBLIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Traducir el texto sagrado a una lengua moderna, a una lengua viva con una ingente comunidad de hablantes, se convierte en una aventura apasionante que puede ocupar mucho más de una vida. Desde el siglo XX, disponemos de muy buenas versiones de la Biblia en español. Nombrarlas resulta innecesario. En cada departamento de Religión, en cada biblioteca escolar o parroquial, en la biblioteca personal del sacerdote, del profesorado de religión o de los catequistas no pueden faltar varias de ellas. Incluso para trabajar en clase de religión recomendamos que se contrasten siempre varias traducciones, accediendo a sus notas a pie de página, comentarios e introducciones, paralelos y materiales añadidos (mapas, índices, vocabularios, etc.). Incluso, además de las versiones en papel, hay que servirse de las que se presentan en CD y *on line*.

A esta riqueza inagotable se une ahora la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, publicada en 2010 y presentada con toda solemnidad por medio del Congreso La Sagrada Escritura en la Iglesia, celebrado en febrero de 2011 en Madrid. El alcance de esta Biblia de la CEE merecerá una atención y un conocimiento exhaustivo porque la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española* es la única traducción que se podrá utilizar en la liturgia formando parte de los leccionarios, una vez que la Santa Sede conceda la preceptiva aprobación de los libros li-

túrgicos correspondientes. Será también la traducción a la que se remitan los documentos de la propia Conferencia Episcopal y se citará en los catecismos y otros materiales de formación cristiana debidamente autorizados. Se acudirá normalmente a esta versión en todos los actos eclesiales de piedad, enseñanza y evangelización. Su utilización habitual será también muy conveniente en las clases de teología, aunque el carácter singular de este ámbito de la vida eclesial justifica, lógicamente, que en él se recurra con mayor frecuencia a otras traducciones y, sobre todo, a la *Biblia Neovulgata*, única versión oficial para toda la Iglesia católica, además de la debida atención a los textos originales; de este modo resultará aún más patente la riqueza insondable contenida en los libros sagrados, que ninguna traducción podrá agotar nunca del todo (Instrucción pastoral la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, CEE, n. 14).

A modo de primer acercamiento, y aprovechando el tema de esta entrega de *Reseña Bíblica* –centrada en las cartas joánicas–, proponemos un sencillo trabajo comparativo que será de mucho interés para todos. Se trata de descubrir convergencias y divergencias (añadidos y modificaciones) entre varias traducciones de la Biblia. En este caso, entre las versiones de algunos textos de las cartas de san Juan, tal como aparecen en el leccionario (columna central), la versión oficial de la CEE

(columna de la izquierda) y otras traducciones de reconocido prestigio (columna de la derecha). La brevedad de las cartas de san Juan nos permite que de la primera carta se transcriban aquí algunos fragmentos, mientras que la segunda y la tercera cartas se presentan íntegramente.

El profesorado de religión o los catequistas, en una mirada intuitiva, e incluso los estudiantes de teología descubrirán diversos matices en cada versión y vislum-

brarán la dificultad de la traducción y el impagable servicio eclesial que realizan los estudiosos de la Sagrada Escritura, de la teología bíblica y de todas sus disciplinas auxiliares. Nuestro especial reconocimiento al equipo de traductores de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, a los promotores y editores, y, en ellos, nuestra gratitud a sus maestros y a todos sus predecesores en este ministerio de la Palabra de Dios.

Primera carta de Juan (Biblia CEE)

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo lo conozco" y no guarda sus mandamientos, es un

Primera carta de Juan (3,1-2) IV domingo de Pascua, B leccionario

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Primera carta de Juan (2,1-5) III domingo de Pascua, B leccionario

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis.

Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo lo conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso,

Primera carta de san Juan (3,1-2) (Versión argentina)

¡Miren cómo nos amó el Padre! Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos **realmente**. Si el mundo no nos reconoce, es porque no lo ha reconocido a él.

Queridos míos, **desde ahora** somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Primera carta de Juan (2,1-15) (Nueva Biblia española)

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis.

Pero, en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesús, el Mesías justo, que expía nuestros pecados, y no sólo los nuestros, sino también los del mundo entero.

Para saber si conocemos a Dios, veamos si cumplimos sus mandamientos. Quien dice "Yo lo conozco", pero no cumple sus mandamientos, es un embustero; ése no lleva dentro la verdad. En cambio, en uno que hace caso de su

mentiroso, y la verdad no está en él, Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él

Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama al que da el ser ama también al que ha nacido de él.

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor de Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Éste es el que vino en el agua y en la sangre: Jesucristo. No solo en el agua, sino en el agua y en la sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Segunda carta de Juan (Biblia CEE)

*El Presbítero a la Señora Elegida, y a sus hijos, a los que yo amo de verdad; y no solo yo, sino todos los que tienen conocimiento de la verdad, gracias a la verdad que permanece en nosotros y que nos acompañará para siempre. Nos acompañará la gracia, misericordia y paz de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre con la verdad y el amor.

y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él.

Primera carta de Juan (5,1-6) II domingo de Pascua B leccionario

Queridos hermanos: Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a aquel que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo.

Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad

Segunda carta de Juan (leccionario tiempo ordinario XXXII semana, viernes [2])

Señora elegida:

mensaje, el amor de Dios queda realizado de veras. Así podemos saber que estamos con él.

Primera carta de Juan (5,1-6) (La Casa de la Biblia)

El que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios. Y todo el que ama al que da el ser, debe amar también a quien lo recibe de él. Por tanto, si amamos a los hijos de Dios, es señal de que amamos a Dios y de que cumplimos sus mandamientos. Porque el amor consiste en guardar sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la fuerza victoriosa que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Éste es el que vino por agua y sangre, Jesucristo; no por agua únicamente, sino por agua y sangre; y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es verdad.

Segunda carta de Juan (Biblia Latinoamérica)

El Anciano, a la Dama Elegida y a sus hijos.

Los amo de verdad; y no sólo yo, sino también cuantos han conocido la verdad, a causa de esta misma verdad que permanece en nosotros y estará siempre con nosotros.

Me alegré mucho al enterarme de que tus hijos caminan en la verdad, según el mandamiento que el Padre nos dio. Ahora tengo algo que pedirte, Señora y no es que os escriba un mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el principio— que nos amemos unos a otros. Y en esto consiste el amor: en que caminemos según sus mandamientos. Y este es su mandamiento, según oísteis desde el principio, para que caminéis según él.

Pues han salido en el mundo muchos embusteros, que no reconocen que Jesucristo vino en carne. El que diga eso es el embustero y el anticristo.

Estad en guardia, para que no perdáis vuestro trabajo y recibáis el pleno salario. Todo el que se propasa y no se mantiene en la doctrina de Cristo, no posee a Dios; quien permanece en la doctrina, este posee al Padre y al Hijo.

Tercera carta de Juan (Biblia CEE)

El Presbítero a su amigo Gayo, a quien quiere de verdad. Querido, te deseo que la prosperidad personal de que ya gozas se extienda a todos tus asuntos y que tengas buena salud.

Me alegré muchísimo cuando llegaron unos hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo caminas en la verdad. No puedo tener mayor alegría que enterarme de que mis hijos caminan en la verdad.

Me alegré mucho al enterarme de que tus hijos caminan en la verdad, según el mandamiento que el Padre nos dio. Ahora tengo algo que pedirte, señora. No pienses que escribo para mandar algo nuevo, sino sólo para recordaros el mandamiento que tenemos desde el principio, amarnos unos a otros. Y amar significa seguir los mandamientos de Dios. Como oísteis desde el principio, éste es el mandamiento que debe regir vuestra conducta.

Es que han salido en el mundo muchos embusteros, que no reconocen que Jesucristo vino en la carne. El que diga eso es el embustero y el anticristo.

Estad en guardia, para que recibáis el pleno salario y no perdáis vuestro trabajo. Todo el que se propasa y no permanece en la doctrina de Cristo no posee a Dios; quien permanece en la doctrina posee al Padre y al Hijo. (2 Jn 4-9)

Tercera carta de Juan (leccionario tiempo ordinario XXXII semana, sábado [2])

Reciban gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de su Hijo Cristo Jesús, en la verdad y el amor.

Me alegré mucho al encontrar algunos hijos tuyos que viven según la verdad, de acuerdo con el mandato que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora —aunque no te escribo un mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el comienzo—, que nos amemos unos a otros. Y el amor consiste en vivir de acuerdo a sus mandamientos.

Este es el mandamiento que oyeron desde el comienzo, y así es como han de vivir.

En este mundo se han presentado muchos seductores, que no reconocen a Jesús como el Mesías venido en la carne. En eso mismo se reconoce al impostor y al anticristo.

Tengan cuidado, para que no pierdan el fruto de sus trabajos, sino que reciban el pleno salario.

El que se aventura y no permanece en la doctrina de Cristo no posee a Dios; el que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo.

Tercera carta de Juan (3 Jn 5-8) (Biblia de Jerusalén)

Del Anciano al querido Gayo a quien quiero de veras. Querido, como te va bien espiritualmente, pido que te vaya bien en todo y tengas salud.

Me alegré mucho cuando vinieron unos hermanos y dieron testimonio de tu conducta fiel a la verdad. No hay para mí mayor alegría que oír que mis hijos son fieles a la verdad.

Querido: Te portas con plena lealtad en todo lo que haces por los hermanos, y eso que para ti son extraños. Ellos han hablado de tu **caridad ante la Iglesia**. Por favor provéelos para el viaje como Dios se merece: ellos se pusieron en camino para **trabajar por el Nombre**, sin aceptar nada de los paganos. Por eso debemos sostener nosotros a hombres como estos, **colaboradores de la verdad**.

Escribí unas letras a la Iglesia, pero Diótrefes, con su afán de dominar, no nos acepta. En vista de eso, cuando vaya por ahí sacaré a relucir lo que está haciendo con esas palabras maliciosas que nos echa. Y, no contento con eso, tampoco acepta a los hermanos, y a los que quieren aceptarlos se lo impide y los expulsa de la Iglesia.

Querido amigo, no imites lo malo, sino lo bueno; quien hace el bien es de Dios, quien hace el mal no ha visto a Dios. Todos recomiendan a Demetrio, y esto responde a la verdad; también nosotros lo recomendamos, y sabes que nuestro testimonio es verdadero.

Tendría mucho que decirte, pero no quiero hacerlo con tinta y pluma. Espero verte pronto y hablar cara a cara. La paz esté contigo. Te saludan los amigos. Saluda tú a los amigos, uno por uno.

Querido amigo Gayo, te portas con plena lealtad en todo lo que haces por los hermanos, y eso que para ti son extraños. Ellos han hablado de tu **caridad ante la comunidad** de aquí. Por favor, provéelos para el viaje como Dios se merece; ellos se pusieron en camino para **trabajar por él** sin aceptar nada de los gentiles. Por eso debemos nosotros sostener a hombres como éstos, **cooperando así en la propagación de la verdad**.

Querido, es muestra de lealtad lo que haces por los hermanos, aunque sean **extranjeros**. Delante de la comunidad han dado testimonio de tu **amor**. Por eso **es justo** que les proveas en su misión, como Dios se merece, ya que se han puesto en camino **en nombre de Cristo** sin recibir nada de los paganos. Por nuestra parte, debemos acoger a gente como ésa, **para** colaborar con la verdad.

Escribí algo a la comunidad; pero Diótrefes, a quien **le gusta mandar**, no nos recibe. Por eso, cuando vaya, denunciaré sus acciones: con su maledicencia nos desprestigia. No contento con ello, ni recibe él a los hermanos ni se lo deja hacer a los que quieren, antes los expulsa de la comunidad.

Querido, no imites lo malo, sino lo bueno. Quien hace el bien procede de Dios; quien hace el mal no ha visto a Dios. Demetrio goza de la estima de todos y también de la verdad; nosotros añadimos nuestro testimonio, y sabes que es verdadero. Aunque me quedan muchas cosas que escribirte, no quiero confiarlas a la pluma y la tinta. Espero verte pronto y hablar contigo cara a cara. Paz contigo. Te saludan los amigos. Saluda a cada uno de los amigos por su nombre.

ALGUNAS SUGERENCIAS

1. **Facilitar a los alumnos o catecúmenos cuantas versiones de la Biblia estuvieran a su alcance**, particularmente para educación secundaria o bachiller o para los catecúmenos de confirmación: *Biblia de*

Jerusalén, Nueva Biblia española, La Biblia (La Casa de la Biblia), *Biblia del peregrino, Biblia didáctica* (La Casa de la Biblia), *Biblia cultural* (La Casa de la Biblia), *Biblia interconfesional, Biblia ecuménica, Biblia de Navarra, Nácar-Colunga, Bover-Cantera, Neovulgata, Serafin de Ausejo, Biblias históricas en español, Compluten-*

se, etc. Facilitarles también el leccionario actual y la Biblia de la Conferencia Episcopal Española. Al menos, tres o cuatro de ellas. Se pretende que descubran la diversidad de traducciones y entiendan que hay un texto original que en cada tiempo vamos trasladando a las lenguas vivas porque el lenguaje tiene su propio dinamismo, y cada cultura, cada época, “tiene derecho” a un acceso lo más fiel posible a la Palabra de Dios. Buscar diferencias, afinidades y coincidencias, entendiendo que hay matices legítimos y cuestiones objetivas que no se pueden pasar de largo. En el fondo, los alumnos deben aproximarse a la misión del traductor, del estudioso de la Biblia, del experto que te abre a una nueva comprensión del texto sagrado, que te libera de fundamentalismos y subjetivismos y te ayuda a comprender y amar mejor la Sagrada Escritura. Si estuviera al alcance, *podría visitar el instituto un profesor de Biblia o un exégeta* a quien entrevistaran y les abriera la sensibilidad hacia el apasionante ministerio del estudio de la Escritura.

2. Rastreo bibliográfico de la presencia de la Biblia en las bibliotecas y archivos del contexto. Sin salir de casa, sin salir del centro, con una conexión a la red de redes, podemos hacer un inventario de “las Biblias” que hay en nuestro entorno más cercano. Una simple visita a la Biblioteca Nacional (www.bne.es), a la red de bibliotecas universitarias (www.rebiun.org), a las bibliotecas regionales o locales (www.bibliotecaspublicas.es), podrá dar noticia de la presencia (o ausencia) de ediciones de la Biblia que están a nuestro alcance, descubriendo que no hay “una Biblia” o “la Biblia”, sino incontables versiones de “una biblioteca” que es un verdadero código cultural de la humanidad. “Sin la Biblia no se puede entender en toda su amplitud la cultura española ni la occidental. En la exhortación apostólica postsinodal

Verbum Domini (110), Benedicto XVI la ha definido como “un gran código para las culturas”, “que contiene valores antropológicos y filosóficos que han influido positivamente en toda la humanidad”. En efecto, sin ella sería imposible dar razón de las innumerables manifestaciones del espíritu humano, que se ha volcado y expresado en la literatura, la pintura, la escultura, la arquitectura, el urbanismo, el cine, la fotografía y la música, y lo ha hecho desde la Biblia, a la que corresponde otorgar, sin que, en ese campo, halle competencia en ninguna otra obra escrita, el título de “gran código de la humanidad” (J. J. Sangrador).

3. Congreso La Sagrada Escritura en la Iglesia. Durante el mes de febrero se ha celebrado en Madrid, en el Palacio de Congresos, el Congreso La Sagrada Escritura en la Iglesia, con motivo de la presentación de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española. Toda la información sobre este acontecimiento está disponible en www.sagradabibliacee.com. Pueden descargarse directamente el programa, las ponencias generales (en texto y en vídeo), las comunicaciones, unos cuantos artículos de interés y los recientes documentos bíblicos del magisterio universal y de la CEE. Para el profesorado de Religión será muy interesante acercarse a las comunicaciones de Teodor Suau, *La Palabra de Dios y su presencia progresiva en la enseñanza religiosa escolar*, y de José Manuel Sánchez Caro, *Sagrada Escritura y pedagogía de Dios en la cultura del tiempo*. También resultarán de mucho interés las comunicaciones de liturgia, catequesis, pastoral y doctrina de la fe. A los cincuenta años de *Dei verbum*, y después del Sínodo de la Palabra de Dios, parece que este congreso y la publicación de la Biblia de la CEE indican una nueva relevancia de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia en todas sus expresiones. ■

SECCIÓN INFORMATIVA

Boletín bibliográfico

E. BIANCHI, *El amor vence a la muerte: comentario exegético-espiritual a las cartas de san Juan*, San Pablo, Madrid 2010.

D. MUÑOZ LEÓN, *Cartas de Juan*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2010.

R. E. BROWN, *El evangelio y las cartas de Juan*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2010.

J. LAPLACE, *Discernimiento para tiempos de crisis: la primera Carta de Juan*, Encuentro, Madrid 2005.

F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Diccionario del mundo joánico*, Monte Carmelo, Burgos 2004.

J. O. TUNÍ – X. ALEGRE, *Escritos joánicos y cartas católicas*, Verbo Divino, Estella 2003.

J. J. BARTOLOMÉ, *Cuarto Evangelio. Cartas de Juan*, Editorial CCS, Madrid 2002.

S. VIDAL, *Los escritos originales de la comunidad del discípulo "amigo" de Jesús. El evangelio y las cartas de Juan*, Sígueme, Salamanca 1997.

I. H. MARSHAL, *Las cartas de Juan*, Grand Rapids, Buenos Aires 1991.

M. MORGEN, *Las cartas de Juan*, CB 62, Verbo Divino, Estella 1988.

J. O. TUNÍ, *Las comunidades joánicas. Particularidades y evolución de una tradición cristiana muy especial*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1988.

W. THÜSING, *Las cartas de san Juan*, Herder, Barcelona 1986.

R. SCHNACKENBURG, *Cartas de san Juan*, Herder, Barcelona 1980.

Noticias

Presentación de libros de miembros de la ABE

J. L. SICRE, *Introducción al Antiguo Testamento, Verbo Divino, Estella 2011.*

Cuando uno encuentra en las novedades de las librerías un libro del mismo autor y con el mismo título de hace veinte años, lo primero que se le viene a la cabeza es: "Ya tenemos una nueva reimpresión típica de las editoriales". Pero grata es la sorpresa al comenzar a hojearlo y constatar que tal pensamiento no es del todo cierto e incluso podría ser erróneo.

Así sucede con el libro de José Luis Sicre que traemos entre manos. Aún más, se agradece que hayan mantenido el mismo título para dejar constancia de que se trata de una auténtica reedición y que, además, no tiene

nada que ver con el método de "marcar, copiar y pegar" de los procesadores de textos. Tenemos delante un texto profundo y serio que pretende clarificar y ayudar a comprender el Antiguo Testamento.

Como en la mayoría de las obras de Sicre, su preocupación no es sólo exponer con erudición conocimientos y datos, sino, al mismo tiempo, hacer comprensibles los diversos y complicados temas que se encuentran en los distintos libros que componen esta primera parte de la Biblia. Así, contribuye a mantener con frescura el diálogo entre la fe y la cultura, respondiendo a los interrogantes que a los hombres y mujeres de hoy les suscita la lectura del Antiguo Testamento. Para todo esto, no escatima en recurrir a usar un estilo literario ameno y directo, así como a actualizar los textos bíblicos con términos y ejemplos que el lector pueda identificar fácilmente.

Desde 1992 a hoy, la exégesis veterotestamentaria no ha interrumpido su investigación. Esta investigación está presente en cada uno de los temas, así como la encontramos en una selección actualizada de los estudios y trabajos más significativos en el apartado de bibliografía, lo que ayuda a continuar profundizando en la temática expuesta.

El libro tiene una nueva estructuración de seis grandes bloques. El tema I es la Aproximación al Antiguo Testamento, donde plantea el porqué de los libros que tenemos, sus diferentes problemas de comprensión tanto en la perspectiva histórica como teológica, y donde ofrece los valores intrínsecos del AT. Hay que reconocer el esfuerzo que hace el autor por señalar las múltiples relaciones con el NT, que ayudan a descubrir una adecuada interpretación de la actividad y el mensaje de Jesús de Nazaret.

El tema II es El Pentateuco, y en él se encuentran los datos fundamentales sobre estos cinco libros y se ofrecen con claridad y precisión las dos líneas fundamentales de la formación del Pentateuco, lo que es de agradecer en la proliferación de teorías que han ido suscitándose a lo largo del tiempo. Al mismo tiempo, amplía los apartados referentes a Abrahán y a la marcha por el desierto.

La historia deuteronomista, que se trata en el tema III, está pródigamente expuesta y con más claridad que en el libro anterior.

El tema IV, Los profetas, es la parte menos novedosa respecto a 1992. Pero siendo Sicre uno de los grandes especialistas del mundo profético bíblico, como muestran los distintos libros y artículos por él publicados, encontramos una vasta y actualizada bibliografía al respecto.

Con los libros sapienciales y poéticos del tema V concluye el recorrido del AT. Lo hace con la creatividad tan característica del autor, al narrar, primero, una historieta que le sirve

para presentar la figura del sabio de Israel, haciendo uso de los proverbios y refranes tanto de la cultura egipcia como bíblica, y, después, un cuento en el que presenta la distinción entre poesía y prosa. Y continúa con la exposición de algunos de los libros de este tipo de literatura.

Para finalizar, lo que antes era un capítulo dedicado a la historia de Israel ha pasado a ser el tema VI, pues la extensión del contenido así lo ha requerido. Para ello realiza una conexión entre el relato bíblico y las diversas cuestiones y posturas que hoy siguen suscitándose, y termina ofreciendo unos criterios para un adecuado conocimiento de la historia.

Solamente queda dar la bienvenida a esta nueva edición, que servirá de ayuda y profundización a quienes quieran acercarse a la comprensión actual de los libros que componen el Antiguo Testamento.

Antonio Llamas, *El Ave María. Una sinfonía contada y recontada*, Córdoba 2010.

El profesor Antonio Llamas, experto lingüista y especialista en Sagrada Escritura no solo por su titulación al respecto, sino sobre todo por sus muchos años de docencia y divulgador de la Palabra, como lo avalan sus prolijas publicaciones y la dirección que desempeña desde ya hace muchos años del Centro Bíblico María Madre de la Iglesia de Córdoba, nos ofrece un libro centrado en el texto lucano del avemaría, sencilla oración que ha resonado en el corazón de muchos cristianos a lo largo de la historia de la Iglesia y

Libros destacados



Kathleen E. Corley
Maranatha
Ritos funerarios de las mujeres
y orígenes del cristianismo
352 págs.



Fernando Rivas Rebaque
**Qué se sabe de...
La vida cotidiana
de los primeros cristianos**
256 págs.

Libros destacados



Juan López Vergara
"Señor, enséñanos a orar"

Las parábolas de la oración propias del tercer evangelio, contenidas en la "sección central", como paradigma de relación con Dios

240 págs.



Ignacio Rojas Gálvez
"Desde vosotros ha resonado la Palabra"

Análisis retórico-literario del imaginario de la primera carta a los Tesalonicenses

488 págs.

que expresa su fe en los misterios de Jesús en que está insertada María.

El método que nos ofrece para ello es la *lectio divina*, en la que el profesor Llamas es uno de los grandes especialistas. El primer capítulo del libro está destinado a explicar los tres pasos (lectura, meditación y oración) que ayudan a comprender, saborear y asimilar el texto bíblico. Solamente estas páginas iniciales son suficientes para abrir este libro.

Como el mismo autor indica, describe una historia entendida como una "sinfonía contada y recontada en cuatro momentos".

En *un primer momento* se acerca a los versículos del evangelio de Lucas que refieren la primera parte de la oración del avemaría: *Y entrando el ángel, le dijo: ¡Ave, llena de gracia! El Señor está contigo; bendita eres tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1,28.42)*. Lo hace con el rigor del biblista que profundiza en cada uno de los términos y expresiones –en los que descubre los patrones literarios, las relaciones con los textos del AT y los recursos narrativos propios de la época–, con la intención de profundizar en la finalidad del evangelista y ayudar a quien sigue hoy rezando con esas palabras bíblicas a sintonizar con la experiencia religiosa que en ellas se transmite; como le gusta denominar al autor, recontar el mensaje bíblico al musitar con la mente y sentir en el corazón esas palabras.

En *un segundo momento* centra su exposición en la segunda parte de la

oración: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. ¿Cómo se ha llegado a esta formulación? ¿Qué significado adquieren estas palabras?* Para responder a esto, Llamas recurre al apoyo que tanto exégetas como investigadores de la reflexión teológica han ofrecido. Por ello nos encontraremos en estas páginas una buena y extensa referencia bibliográfica.

Con el fin de profundizar en el significado de esta oración del avemaría que ha sido *recontada* a lo largo de la vida de la Iglesia, en *un tercer momento* señala lo que los santos padres como Basilio, Juan Crisóstomo, Atanasio, Gregorio Niseno, Cirilo de Alejandría, Ambrosio, Jerónimo, Agustín y, más tarde, Hilario de Poitiers han comentado para ayudar a los cristianos a continuar contemplando a la Virgen María como la sierva y la discípula del Verbo encarnado.

El *cuarto momento* que ofrece el autor lo hace con algunas pinceladas sobre el sentido de María en el Concilio Vaticano II, con algunas referencias arqueológicas que se relacionan con María, así como con los textos neotestamentarios que hablan de ella, y termina situándola junto a la Buena Noticia de salvación que hoy los cristianos hemos de seguir anunciando en el tercer milenio.

Tenemos ante nosotros un libro que contribuye a que la oración del avemaría siga sonando como "*sinfonía contada y recontada por mil generaciones*". ■

CONTENIDO DEL PRÓXIMO NÚMERO

RESEÑA BÍBLICA Nº 71

EL LIBRO DE RUT

Coordinadora: Dra. Mercedes Navarro Puerto

Rut, un libro subversivo

Mercedes Navarro

Rut y la Torah

M^a Luisa Melero

Constructoras de la Casa de Israel

Dolores Alexandre

El libro de Rut en la literatura hebrea

Guadalupe Seijas

Rut en el arte

Carme Yebra